A VERBENA

de la

Paloma





LA VERBENA DE LA PALOMA

LA VERBENA

DE LA PALOMA

POR

ALVARO CARRILLO



CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones
de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio
en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, 166.—BARCELONA

LIBRO PRIMERO

LOS AMANTES DE CONCHA

I

La noche de la verbena

En su período álgido, podemos decir, que estaba la famosa verbena, a que han dado tanto realce un sainetero de tanto talento como Ricardo de la Vega, y un maestro de tanto genio como Tomás Bretón.

Los sonidos de las guitarras y bandurrias, se confundían con los que brotaban de los pianos de manubrio, y dominando todos ellos, las carcajadas, las voces, las ocurrencias, los chistes, expresión de la bulliciosa alegría de las gentes de aquellos barrios.

Tabernas y cafés rebosaban de concurrentes; en los bailes al aire libre se codeaban unas

con otras las parejas, y por ventanas y balcones se veían los muchos aficionados al arte de Terpsícore, que se aprovechaban de las músicas de la calle para poner sus pies en movimiento.

Los vendedores de rosquillas, *torraos* y frasquitos de inconcebibles licores, estaban haciendo su negocio, lo mismo que los horchateros y aguadores; y todo el mundo estaba contento; los unos por lo que vendían y los otros por lo que bailaban.

Hemos dicho todos, y nos hemos equivocado.

En la esquina de una de las bocacalles inmediatas a la arteria principal, donde parecía estar concentrado el mayor bullicio, un hombre y una mujer conversaban en voz baja.

Y sin duda su conversación debía ser muy interesante, porque ninguno de los dos parecía fijarse en la animación y en el movimiento que tan cerca de ellos reinaba.

El hombre, vestía el traje de rayadillo, que demostraba que el regimiento a que pertenecía estaba destinado a Cuba, donde la guerra con los insurrectos parecía haber tomado gran impulso.

La mujer, llevaba el traje de fiesta de las hijas de aquellos barrios.

El, era un apuesto mancebo, de fisonomía fran-

ca, leal, enérgica; uno de esos seres con quienes se simpatiza a primera vista, y de cuya amistad jamás hay ocasión para arrepentirse.

Ella, era una morena hermosísima, de negros ojos, negro el cabello, y negro, como una mancha de azabache, un lunar que tenía en la mejilla.

La expresión de su mirada era un tanto picaresca, pero en los momentos de que hablamos, se había trocado en afligida y preocupada.

*

*   *

—Mira, Concha — decía el soldado, — acuérdate bien de esta noche. Que te acuerdes, porque es la última que pasamos juntos, y eso porque mi capitán me ha dado permiso para que viniera a despedirme de ti. Mañana salimos de aquí, después nos embarcaremos y después... después ya no sé cuándo volveré, ni si volveré tampoco.

—Calla, Manolo, calla; no digas eso. ¿Pero es que te has propuesto que yo me muera de pena y...?

—¡Morir tú! Eso más bien será a mí a quien le pase, mayormente estando lejos de ti.

—¿Pero es que te has propuesto que esté llorando toda la noche, Manolo?

—No, mujer; he querido decirte que... vamos, que no sé ya ni lo que te decía, ni lo que quería decir. No pensaba yo, por cierto, que me causara tanta pena el separarme de ti. No parece sino que el corazón me está anunciando que tú has de dejar de quererme.

—¿Pero es posible que tú me digas eso, Manolo? Pues ¿por quién, snio por ti, he sufrido y estoy sufriendo las escandaleras de mi madre, y todo lo que se les antoja decir a mi tía y a mi prima?

—Pues eso es lo que te quiero decir. Yo de ti, no tengo que decir nada, porque me has querido y me quieres, a pesar de que mi suerte me hizo vestir este traje que llevo, y me obliga ahora a marchar a Cuba. De quien lo temo todo, de quien recelo, es de tu madre, Concha, ¿lo entiendes? Porque una madre, vamos, que siempre es una madre, y si hoy y mañana y el otro, te está siempre con la misma muletilla de que si don Cosme, el prestamista de la calle del Humilladero, ese tío a quien no puedo tragar y que está tan gordo merced a la sangre que se ha chupado de tanto pobre... Vamos, que si tu madre empieza o sigue hablándote de él y poniéndome a mí, a los pies de los caballos, pues ¿qué ha de suceder?

Pues si una gota de agua consigue agujerear la piedra más dura, ¿cómo no han de hacer mella en tu pecho las palabras de tu madre?

—Pero mira, Manolo, que eres chinche ya con estar hablando siempre del tal don Cosme. Pues si yo hubiera querido, ¡no hace poco tiempo que te hubiera dado pasaporte! Y no es porque no me lo dijeran las otras compañeras de la fábrica, pero Concha Palomares no tiene más que una palabra, y esa te la ha dado a ti, y antes se juntará el cielo con la tierra, que yo falte a ella.

—Pero ¿y cuando yo no esté aquí?

—Y qué, ¿acaso te *nesecito* de cuerpo presente para saber que eres mi novio y que has de ser mi marido? Y basta ya de esos partilares. No me muelas más los huesos con dos Cosme, que es un sinvergüenza, que no sé ni cómo tiene cara para mirarme tan siquiera.

—Pues cuéntate que en cuanto que yo me vaya, ese, asediará a tu madre, que a su vez te hablará de él, y sabe Dios lo que será del pobre Manolo, que andará a tiros en la manigua con los mambises, muerto de hambre y medio desnudo, sin poder venir a tu lado para darte aliento con mi presencia.

*

* *

Iba a replicar Concha, cuando en aquel momento se aproximó al grupo un individuo, entrado ya en años, que tocando con el bastón en el hombro a Manolo, le dijo:

—Manolo, mira que no tienes licencia sino hasta las doce, y que ya son los tres cuartos.

—Tiene usted razón, padrino—contestó el soldado.—Pero ¿qué quiere usted? Si hablando con ésta, y mucho más hablándola por última vez, todo se me olvida.

—Pues cuidado, que en el servicio es menester no perder la memoria con tanta facilidad.

—No sea usteda sí, señor Isidro—dijo Concha. —Si ya mañana no le podré ver.

—¿Acaso quieres que me lo lleven arrestado durante todo el viaje? Ea, despedirse y yo acompañaré a éste hasta el cuartel.

—Pero padrino...

—Nada, hay que saber reprimirse, muchachos. ¿Por qué he podido yo contar los años que tengo y reunir esos pocos cuartos que la suerte me ha dado? Pues por eso; por haber sabido reprimirme. Mañana, *sus* veréis en la estación.

—Ya lo oyes, Concha—dijo Manolo con voz conmovida,—tenemos que separarnos.

—Hasta mañana.

—Pero mañana nos despediremos hasta...

—Hasta que vuelvas.

—Si vuelvo.

—Volverás. Me lo dice el corazón.

—¡Ojalá encuentre tu corazón conforme lo dejo ahora!

—Vaya, *dejasus* ahora del corazón, que ese es un bicho que cuanto más se habla de él, más tonto se pone.

—No tenga usted cuidado, señor Isidro—dijo Concha, con los ojos llenos de lágrimas,—que mi corazón no está tonto como usted dice, sino triste y desconsolado.

—Pues ¿y el mío?—añadió Manolo.

—Ya hablaréis de eso en otra ocasión. Y vaya, que no andéis haciéndoos más arrumacos. Este tiene que irse al cuartel, y los hombres han de tener palabra.

—Un poquito más, señor Isidro.

—Que no. Cuando yo he dicho que siempre las mujeres han sido la perdición de los hombres, he tenido razón.

—Es que yo no quiero ser causa de la perdición de mi Manolo. ¿Cómo he de quererla, si le

quiero más que a las niñas de mis ojos.

—Pero ¿lo oye usted, padrino? ¡quién no se la come oyéndola hablar así! ¡Bendito sea tu pico, rica! Si por volver a tu lado y escucharte todas esas palabras, no digo yo a los mambises, a los mismos demonios del infierno sería capaz de cortarles la cara.

—Sí, muchacho—repuso el señor Isidro,—pero para cortarles la cara, lo primero de todo es ir allá para vérsela. Conque así desfilando por la derecha y hacia el cuartel.

Concha no quiso ya añadir una palabra más.

Más todavía que su amante, se hacía cargo del riesgo que corría, y le dijo únicamente:

—Vete, Manolo. Todavía nos queda mañana para vernos.

—Sobre todo, te pido una cosa—dijo el mozo con llanto, tanto en los ojos como en el acento.

—¡Qué!

—Que no hables con don Cosme.

—Mira tú con lo que sale éste ahora—murmuró el señor Isidro.

—Y que no bailes con el hijo del señor Lázaro.

—Justo—añadió el señor Isidro,—y que se meta en un fanal para que no la ensucien las moscas.

—Qué quiere usted que le diga, padrino, si ten-

go miedo de que todo el mundo quiera robarme mi bien.

—Lo que tienes tú—dijo Concha con voz llorosa,—es que eres muy mal pensado y crees que hago cara a todo el mundo. No sé cómo te he de quitar esos celos.

—Con la vida.

—¿Pero nos vamos?

—Sí, señor Isidro, sí, lléveselo usted, porque las palabras son como las cerezas.

—Sí, que se van *enreando, enreando,* y lo que es vosotros *sus enreáis* con más facilidad *entoavía* que las cerezas.

*

*   *

Manolo hizo un esfuerzo, y poco después, acompañado de su padrino, se dirigía al cuartel de San Francisco, mientras Concha permanecía en la esquina de la bocacalle, mirando en la dirección que llevaba su amante.

—El caso es—decía enjugándose los ojos con el pañuelo,—que al pobre Manolo no le falta razón. Ahora vendrá mi madre con el machaqueo del tal don Cosme, y si no es con él, el hijo del señor Lázaro. Y si no es Salvador, será

Casimiro el hojalatero y *cualesquiera*, porque para ella, en cuanto que *guipa* que hay *guita*, ya está que bebe los vientos por aquella persona. Siempre está con lo mismo, con que ya es hora que yo deje la fábrica de cigarros para vivir desahogadamente y sin trabajar. Como si eso fuera tan fácil. Ya se vé, como a mi prima Lola le ha ido tan bien el mudar de oficio, se cree que a todas nos ha de pasar igual. Ea—prosiguió fijándose en dos personas que se aproximaban a ella,—ya tengo la nube encima.

II

Los pretendientes

La señora Escolástica, la peinadora, tenía fama de ser tan habilidosa para arreglar un peinado, como interesada, no sólo para hacerse pagar, sino para cobrarse algunos otros por adelantado.

Desde muy pequeña, había puesto a su hija Concha en la fábrica de cigarros, donde tenía una hermana que era maestra, y donde también ésta, tenía una hija, que era Lola, de quien hemos oído ocuparse no hace mucho.

Concha fué creciendo, dejando adivinar en sus juveniles encantos lo que sería la muchacha cuando éstos hubieran llegado a su completo desarrollo.

Lola tenía un carácter muy distinto del de Concha.

Era menos guapa que su prima, pero más alegre, más provocativa, materia mejor dispuesta para responder a las aspiraciones de su madre, que deseaba para su hija muchas felicidades, según ella decía, aun cuando las adquiriese sabe Dios cómo.

Las dos hermanas, lo mismo la madre de Concha que la Lola, habían sido desgraciadas en sus matrimonios.

El marido de la una salió un borrachín de primera, holgazán por añadidura, y que zurraba de lo lindo a su mujer, cuando ésta se negaba a darle dinero para gastarlo en la taberna.

El marido de la otra no era borracho; era, por el contrario, trabajador y muy honrado, pero tan excesivamente celoso, que desde el momento que se casó, sacó a su mujer de la fábrica, la encerró en su casa, y apareciéndole los dedos huéspedes, como se dice vulgarmente, la dió una vida de perros.

Por si has mirado a éste o al otro, por si has dicho una palabra, ya estaba armada la gresca; menudeaban las palabras gordas y los argumentos contundentes, y el cuerpo de la pobre mujer iba siempre lleno de cardenales.

Y no sólo era la mujer la pagana de esos celos, sino que también hacía responsable de

ellos a la persona que se imaginaba, y de aquí reyertas que a veces se convertían en verdaderas riñas.

En una de éstas recibió una puñalada el celoso que, después de un año de padecimientos, le causó la muerte.

Poco tiempo después, a consecuencia de una borrachera fenomenal, moría también el padre de Concha, y ambas hermanas, al verse libres, formularon el juramento de no velver a reincidir.

*

* *

La cigarrera volvió a su fábrica y la peinadora a sus peinados, sin el temor de que cuanto ganaran se lo gastase nadie en vino.

Y no dejaron de tener pretendientes las dos mujeres, porque las dos eran guapas, pero no hubo medio de convencerlas.

Una y otra tuvieron más de un lío, pero la cigarrera, que era maestra en el taller de *liado*, sabía muy bien cómo había de arreglárselas para

no comprometerse, y la otra, en fuerza de manejar tanto el peine, había llegado a ser uno de primera.

Las dos jóvenes fueron creciendo en aquella escuela, con la sola diferencia de que Lola tomó perfectamente las lecciones de su madre, y hubo quien dijo, pero esto no debía pasar de ser murmuraciones de fábrica, si el interventor tenía o no tenía que ver con la chica, pero ostensiblemente no se veía, sino que tanto ella como su madre rumbaban bastante y que disfrutaban de gran favor con el alto personal de la fábrica.

Concha, descocada, atrevida, por efecto del mismo medio ambiente en que vivía, era de una susceptibilidad tan grande, y sabía mostrarse tan seria cuando llegaba la ocasión, que si alguien se le había atrevido una vez, no volvía a repetirlo una segunda.

—Esta indina—decía su madre,—no hará suerte. Ahí está muerta y *penáa* por ese *panoli* de Manolo, que no tiene donde caerse muerto, y que el día que su maestro lo despache o que no haya trabajo, pues anda, que le mantenga la mujer.

Y cada día tenía la misma música su hija, y cada día le decía ésta.

—Mire usted, madre, como que usted no es la que se ha de casar y la que ha de pagar la buena o la mala suerte, ni yo la he de pedir nada, pues me deja usted que haga mi gusto y santas pascuas.

—Pero teniendo *aonde* elegir, grandísima *desagraecía*, estando ahí el señor Cosme, que está *chalaíto* por ti, pedazo de alcornoque; el hijo de Lázaro, el *alquilaor* de caballos, que tira los billetes de Banco como papeles de fumar, y tantos otros que te darían lo que tú quisieras, es muy triste que estés *encariñáa* con ese pelón de Manolo, que no *tié* más que los cinco *deos* en cada mano.

—Y basta, madre, basta con eso para ganarse la vida honradamente.

—¡Honradamente! Ya me lo dirás el día que no haya que comer en tu casa y llegue el Manolo de mal humor. Digo, y que el chico no tiene genio.

—Pero me quiere.

—Porque sabe que tienes buenas manos, y en la fábrica primero faltará el sol que trabajo para ti, gracias a tu tía, y a tu prima. Esa, esa sí que lo entendió.

—Pues mejor para ella.

Y la joven se marchaba a la fábrica si era

hora de ello, o se iba a casa de cualquier amiga de la vecindad, para no seguir escuchando más a su madre, que continuaba lamentándose.

*

* *

Manolo Rodríguez era huérfano, y sólo tenía como pariente que por él se interesara, su padrino el señor Isidro, dueño de una tienda de comestibles en la calle de las Tabernillas.

Cuando murieron los padres de Manolo, éste era ya un regular oficial de ebanistería y tapicería y ganaba un buen jornal.

Sus padres habían vivido en la misma casa que la Concha, y su madre y los chicos se conocían casi de niños.

Manolo tenía cuatro años más que Concha.

Inútil es decir, que el día en que Manolo comprendió que tenía corazón, y en este corazón un sentimiento, y que este sentimiento era el amor, y que el amor necesitaba otro corazón que latiese como él, y sintiera del mismo modo fué a llamar a las puertas del pecho de Concha, y como no se le negó la entrada, allí se quedó para siempre.

Y para siempre había de ser, porque Manolo no era para amar a dos mujeres.

Concha le dijo también:

—No pases pena, que no digo yo un año, dos, tres, los que sean necesarios te esperaré, hasta que estés en disposición de que pongas taller por tu cuenta y nos podamos casar.

Y el chico trabajaba con verdadera fe, y ahorraba, y sus ahorros los iba poniendo su padrino en la caja de ahorros, porque decía que aquel donero era sagrado y no quería arriesgarle, empleándole en su ēstablecimiento.

Y cuando cayó soldado el chico, se discutió largamente si se sacaría dinero de la Caja para librarle.

Pero Manolo se opuso diciendo:

—No, señor. Esa ha sido mi suerte y es preciso que se cumpla. Lo que ha de ver usted padrino, es si encuentra medio de rebajarme, a fin de no perder en mi oficio.

Y como el señor Isidro tenía fama en el barrio de ser hombre muy honrado y no le faltaban buenas relaciones, las puso en juego y consiguió lo que deseaba su ahijado.

*
* *

Pero estalló la guerra de Cuba, fué preciso enviar refuerzos y el batallón de Manolo fué destinado allá.

—¡Cómo ha de ser!—dijo el muchacho.—Está de Dios que he de cumplir mi suerte de todas maneras. Iré a Cuba y suceda lo que quiera.

Concha y su padrino trataron de disuadirle, pero el muchacho dijo resueltamente:

—Hoy menos que nunca me saldré del servicio. No soy cobarde ni me asustan los peligros. No quiero que pueda decir nadie que yo he rehuído el riesgo que en Cuba van a correr mis compañeros.

Y cuidado que sufrió Manolo.

Sufría porque amaba a Concha sobre todas las cosas, como él decía.

Y sabía que su madre era enemiga de sus amores, que había soñado para su hija otra suerte distinta de la que él podía ofrecerle; que no la dejaba a sol ni sombra, ponderándole los méritos de otros candidatos que había para el

amor de la muchacha y que ésta tenía que sostener una continua pelea con su madre para defender su amor.

*

* *

Manolo era celoso, excesivamente celoso porque sabía el bien que poseía y estaba avaro de él.

Pero la patria exigía aquel sacrificio de su parte, y él no se podía negar.

Y no sabía que había quien estaba contando con su marcha para robarle aquel tesoro.

Y no era uno solo; no era el prestamista don Cosme, sino que también Salvador, el hijo del alquilador de caballos, que tenía mucho dinero y que sabía gastarlo, había dicho a dos o tres de sus amigos:

—Ea, cuanto se marche Manolo, a esa me la como yo. Vaya si me la como. Aunque supiera que me había de costar un millar de pesetas.

—Si te la deja comer don Cosme—le contestó uno.

—Pues me lo como también. Así como así le tengo una tirria porque se negó a darme unos cuartos cuando aquel asunto de la Carlota, ¿sus acordáis? Aquella que después ha sido corista

en Apolo y... vaya, que ha hecho su carrera la mujer.

—No te metas con don Cosme, que es mala persona.

—Pues mejor. A esos me gusta a mí meterles el resuello *pá* dentro. Manolo, ya es distinto. Es un buen muchacho, incapaz de hacerle daño a una mosca. Pues por eso le he dejado, que sino... De un guantazo me le quito yo de delante para siempre.

—No tanto, Salvador, que Manolo tiene buenos puños y mucho coraje.

—¿Y acaso soy yo rana? Donde no llegan los puños, llega la navaja.

—Eso, y vas derecho al *Abanico*.

—Del *Abanico* sale el que tiene *guita* y nada más. Conque lo dicho. Que se quite Manolo de enmedio y ya veremos después.

III

Los rivales

Mientras que estaban hablando y despidiéndose Concha y Manolo, don Cosme, el prestamista de la calle del Humilladero, muy acicalado y muy compuesto, había salido de su casa, altamente satisfecho del gran negocio que había hecho durante el día.

Para poder divertirse y gastar algunas pesetas en la verbena, habían empeñado gran número de prendas y alhajas, por las cuales había dado el prestamista cantidades inverosímiles, con la seguridad de que la mayoría de aquellos objetos no se sacarían.

Formando cálculos sobre los probables resultados del día, el prestamista supuso que ganaría

en la venta de las tres cuartas partes de lo empeñado, más de un doscientos por ciento, de modo que ya tenía motivo para estar alegre y ofrecer un vaso de leche amerengada a la Escolástica, que así se llamaba la madre de Concha, y a ésta una sortija que se había reservado en la subasta de la última quincena, formada por dos amatistas en forma de corazón, unidas por una cinta de brillantes.

Aquel era un regalo simbólico, como él decía, y juzgaba que no había resistencia posible.

Con aire de conquistador entró en el cuarto bajo donde vivía Escolástica, la cual al verle no pudo menos de murmurar:

—Y esa grandísima *arrastráa,* de palique con ese *perdío;* ¡Virgen de la Paloma!, que se vaya con dos mil diablos y que no vuelva por aquí.

*

*   *

Cambiando súbitamente de expresión porque don Cosme entraba en la habitación, le salió al encuentro diciendo:

—¡Válgame Dios! Señor don Cosme, cómo pagar

a usted tanta amabilidad molestándose en venir por esta pobre casa.

—¡Caracoles!—dijo el prestamista, quitándose el sombrero y sacando el pañuelo para limpiarse el sudor. ¡Llama usted a esto pobre casa, cuando aquí se encierra el mejor tesoro que existe en estos barrios! Vaya, señora Escolástica, no sea usted tan modesta.

—Todo eso no es más que favor que usted quiere hacerle a mi hija.

—¿Y dónde, dónde está ese hermosísimo pimpollo?

—Pues... pues ahora vendrá.

—Ha ido a dar una vueltecita por la verbena ¿eh?

—Eso, justamente eso mismo. Vino una amiga suya y la dijo... dice: «Anda, Concha, que vamos a llegar hasta la casa del señor Ramón, que tienen un baile hasta allí. Ella, ya se ve, no quería porque presumía que vendría usted y por no hacerle un desaire...

—¿De veras, señora Escolástica? ¿De veras cree usted que pensaba en mí?

—Pues... pues sí, señor.

Y la peinadora todo se le volvía mirar por la ventana por si llegaba su hija.

*

*   *

¡Poco quemada que estaba la buena mujer!

Si hubiera podido coger a su hija en aquel momento, del pellizco que la tira le arranca media libra de carne lo menos, según pensaba ella.

Pero ¡cá! En aquel instante estaba la muchacha con los ojos llenos de lágrimas, despidiéndose de su novio.

—Y parece que mañana—dijo don Cosme subiéndose un poco los pantalones para que no formasen rodilleras con la humedad del sudor, parece que mañana se marcha por fin ese tonto de Manolo.

—¡Ay! sí, señor. Que vaya, bendito de Dios y que no vuelva por aquí en treinta años. ¡Jesús! y que repodrida me tiene la sangre ese muchacho. Y no crea usted, don Cosme, que la

chica, la chica no le quiere, no señor. Le tiene ley porque como había vivido en esta misma casa y de chicos habían jugado tanto... pues ya se vé. Si hasta a un grillo se le toma cariño, cuanto más a una eprsona.

—Pero es el caso que Manolo va diciendo por todas partes, que el amor de la Concha es suyo y nada más que suyo.

—¿Y quién hace caso de ese boquera? También puedo yo decir que la casa de la Moneda es mía, y mire usted quien lo creerá.

—Pues la Concha bien habla con él y... vamos, que a mí me hace unos papeles...

—Es que la chica tiene poco trato de gentes. ¿Entiende usted, don Cosme? Y está así, como *acobardáa* cuando se trata de hablar con una persona tan fina, tan atenta y tan bien educada como usted. Ya se ve, como la pobre siempre en la fábrica no ha podido tener la instrucción que su prima.

—Pues la Lola, también ha estado siempre en la fábrica.

—Pero qué *diferiencia*, señor don Cosme. Mi sobrina no ha carecido de nada, mientras que mi hija...

—Yo le aseguro a usted que conmigo no carecerá de nada. Estará como una reina.

—Si eso es lo que yo le digo. Pues como Manolo no la dejaba a sol ni sombra... Ya verá usted cuando se marche como se cambia del todo.

—Así sea, porque le aseguro que me está haciendo padecer...

—Ya se le conoce. ¡Pobre don Cosme! Y tan digno como es usted de que todas las mujeres le adoren.

*

* *

El bueno del prestamista no supo si tomar las palabras de Escolástica como un sarcasmo o si admitirlas en serio.

Porque lo que es como conocérsele que sufría, maldito si se le podía conocer.

Cada día estaba más gordo y más feo, por lo tanto era un poco difícil que le adorasen las mujeres.

Pero el prestamista se decidió por aceptar de buena fe el elogio adulador de la peinadora y dijo:

—A mí me importa poco que las demás mujeres me quieran o no; lo que yo deseo es poseer el amor de Concha y con eso estoy satisfecho. No pienso más que en ella y todo lo mejor que veo, lo guardo para ella. Hoy le traigo aquí un regalito que no dudo la ha de agradar.

—¡Válgame Dios! don Cosme—exclamó Escolástica.—¿Cómo le podemos pagar?...

—Ya lo sabe usted—repuso el prestamista sonriendo con aire conquistado. El amor de Concha es la única paga que apetezco.

—Y... ¿y qué es esa expresión que trae usted a mi hija?

Y los ojos de la peinadora brillaban ya codiciosamente.

El prestamista sacó del bolsillo el estuche de la sortija.

Al ver Escolástica las luces de los diamantes, lanzó una exclamación de alegre sorpresa.

—Pero. ¡Dios mío!—dijo.—¡Si eso vale un dineral!

—Algo carito me cuesta; pero ya he dicho, que para Concha todo me parece poco.

*

* *

El bribón no quería confesar que la sortija, sin contar las hechuras, valía sesenta duros y que él había dado de empeño solamente ocho; de modo que ya puede comprenderse lo cara que le había costado.

—Se va a volver loca mi Concha cuando la vea. Vamos, don Cosme, que eso se llama hacer las cosas en regla.

—Eso no es más sino demostrar que ni un solo momento se borra de mi mente el recuerdo de su hija. Pero ¡cómo tarda!

—Si esa muchacha tiene una cabeza...

—Y ya es tarde, vaya si lo es.

Y el prestamista sacó un precioso cronómetro de oro, que próximamente le había costado tanto como la sortija.

—Van a dar las doce—dijo, mirando el reloj.

—¡Jesús! Qué precioso reloj lleva usted. Muchas veces más se lo he querido decir y siempre se me ha pasado. Le habrá costado a usted muy caro.

—Ya lo creo. Lo compré en Ginebra hace tres años.

—Embustero—pensó Escolástica. Pero añadió:

—Qué suerte tienen ustedes las personas de dinero. Tienen cuanto quieren y quieren siempre lo mejor.

—Ya le tengo a usted guardado un relojito de níquel, que me reservé en la última subasta con ese objeto.

—¡De veras, don Cosme! ¿Se acordó usted de mí?

—Pues ya lo creo. Quien quiere la col, quiere las hojas de alrededor; así dice el refrán, y queriendo yo a Concha, debo querer a su madre también.

—Y esa muchacha sin venir—repuso Escolástica mirando por la ventana.

—Puede que espere que vayamos a buscarla.

—Tal vez.

—¿Dice usted que sabe?...

—Donde se ha ido con su amiga. Sí, señor.

—¿Por qué no hacemos una cosa?

—¿Qué?

—¿Por qué no vamos a buscarla?

—¿Quiere decir usted que eso no le molestará?

—¡A mí!

—Es que si no estuviese en esa casa...

—Pues ¿dónde había de estar?

—Verá usted, como las muchachas son curiosas y unas a otras se invitan y se...

—¡Ya! Pues razón de más para que veamos si la podemos encontrar.

*

* *

La verdad era, que la astuta peinadora lo que temía era que don Cosme viese a Concha hablando con Manolo.

Ella sabía, porque Concha se lo había dicho, que iba a despedirse de Manolo; pero no creía que, siendo el muchacho soldado y estando ya unido a su batallón, pudiese estar tan tarde fuera del cuartel.

Pero al ver lo que tardaba su hija, sospechó si el mozo había obtenido licencia por ser la última noche que había de permanecer en Madrid y se la pasaría hablando con su novia.

En este caso ¿qué opinión formaría el bueno de don Cosme si se la encontraba con el soldado?

Digo, y cuando tántos regalos llevaba ya hechos a Concha y a ella, y cuando le llevaba una alhaja que valía un dineral y a ella le había ofrecido un reloj de níquel...!

Esto era lo que impedía que la peinadora accediera de momento a la proposición del prestamista.

Pero éste, que no estaba en antecedentes y que realmente, si había ido a la verbena, era para pasarla al lado de la muchacha más bonita de aquellos barrios, volvió a decir:

—Nada, nada, vamos a ver si la encontramos por ahí. Después nos iremos a cenar a casa del «Español», y hasta la madrugada, de juerga y de broma. Por algo es la noche de verbena.

—Anda, anda, y qué decidido viene usted, don Cosme—repuso la vieja haciéndosele la boca agua pensando en la cena.

—Como que ya me voy cansando de que Concha no me dé una contestación satisfactoria y categórica.

—Pues nada, oblíguela usted y que hable.

—Para eso, es menester encontrarla primero.

—La buscaremos.

Escolástica no tuvo más remedio que acceder.

Haberse negado, hubiera sido dar a sospechar

tal vez, y era preciso que aquel buen señor tan tonto, como ella misma decía, fuera soltando la *guita* para que ella disfrutase.

En poco tiempo estuvo arreglada para salir a la calle, y ya vimos cómo se encontraron con Concha cuando menos ésta les podía esperar.

IV

Negativa

Concha se quedó parada al ver aquellas dos personas que a ella se acercaban y en las cuales reconoció a su madre y al prestamista.

Bien hizo en decir que la nube se le iba encima, porque su madre se aproximó a ella antes que pudiera llegar don Cosme, y apretándole el brazo con fuerza le dijo rápidamente y en voz baja:

—¡Grandísima *arrastráa!* ¿Qué hacías por aquí? Comprometiendo a tu madre ¿por quién? Por ese tuno que ha de ser tu perdición, dejando a ese caballero que tanto te quiere y que te trae esta noche un regalo como tú no te mereces.

—Déjeme usted, madre, déjeme usted, que estoy yo muy mal templada.

—Calla, mala persona. Aprende a ser *disimuláa.*

En este momento el prestamista, que sudando la gota gorda, como vulgarmente se dice, había ido corriendo detrás de Escolástica, llegó a reunirse con las dos mujeres, exclamando:

—¡Uf! ¡uf! ¡Qué calor! No puedo más. Vamos, vamos aquí, a la horchatería del Valenciano, o sino al café de Botín, que lo tenemos más cerca. Yo necesito beber alguna cosa. ¡Válgame Dios! Conchita—prosiguió el prestamista tendiendo su carnosa mano a la cigarrera,—¡cuánto nos ha hecho usted esperar!

—Y vea usted ¿para qué?, para que su amiga la haya dejado *plantáa* sin duda. Se habrá empeñado en ir a bailar y como a ésta no le tira por ahí, pues se ha quedado sola en *mitá* de la calle.

—¿De veras, Conchita?—preguntó don Cosme.

—Cuando mi madre lo dice, pues verdad será.

—¡Válgame Dios! y que retepreciosa que está usted esta noche. Es que el color de ese mantón le va a usted a la cara, que ni hecho a propósito.

—Como que la persona que se lo regaló—dijo Escolástica mirando con socarronería a don Cosme—debía saber muy bien el color que le convenía más a una morena como mi Concha, ¿no es verdad usted, señor don Cosme?

—Yo que sé.

—¡Bien por los hombres disimulados y galantes porque sí! Si ya sabe mi Concha de a *onde ha salío* el mantón, y lo sabe su madre que usted estuvo en la calle del Príncipe, en la tienda de esos que llevan el rabo en la coronilla, de los chinos quiero decir, y estaba usted escogiendo ese mantón *encarnao*.

—¿Pero qué está usted diciendo, señora Escolástica?

—Y si no fué ese, otro muy parecido. Para el caso es lo mismo.

—¡Qué cosas tiene usted! Andando, que en el café de Botín falta gente. Quiero que me vean todos mis amigos para que me tengan envidia. ¿No es verdad, Concha?

—¿Por qué?—preguntó ésta con indiferencia.

—Porque llevo conmigo la reina de la verbena.

—¡Valiente riqueza!

—Que no la cambio por todas las que hay en el Banco.

—¿Y no te cae la baba oyendo todas esas cosas, mujer?—dijo Escolástica,—si a este hombre hay que quererle por fuerza. ¡Vale usted más oro que pesa, don Cosme!

—Y mire usted que debe pesar mucho—dijo Concha mirando burlonamente la grotesca figura

del prestamista, a quien si faltaba cuello y tenía cortas las piernas, en cambio le sobraba cara y tripa.

—Pues mire usted que he perdido carnes desde que estoy queriendo.

—Siga usted así, don Cosme, que ganará usted algo con perder un poco de ese vientre.

—¡Siempre tan burlona!

—Pero ésta se burla en la cara, como una criatura que es.

—Por eso la quiero más.

—Pero si ya le he dicho a usted una porción de veces, don Cosme, que yo no puedo quererle; es decir, de la manera que usted apetece mi cariño.

—¿Lo oye usted, señora Escolástica?—dijo el prestamista mirando a la peinadora con cómica tristeza.

—Vaya si lo oigo, pero he de decirle a usted, que el cariño es lo mismo que la letra en los muchachos, que va entrando poco a poco. Ningún muchacho nace *enseñao*, y del mismo modo ninguna mujer seinte el cariño de repente. ¿Lo entiende usted, don Cosme?

—Pero hace ya tanto tiempo que estoy rogándole a Concha que me despene...

—Ya le despenará, hombre, ya le despenará,

que Zamora no se ganó en una hora y si dádivas quebrantan peñas, tales hace usted que hasta el mismísimo mármol llegará usted a hacer pedazos. Mira, hija, di a don Cosme que te enseñe...

—No tengo ganas de ver nada—repuso secamente la joven.

—¡Mira que eres tonta! ¡Cuando don Cosme trata de mostrarte su corazón!...

—Difícil ser encontrarlo—repuso Concha—bajo esa espesa capa de grasa que le cubre.

—¡Qué ocurrencias tiene esa chica! ¿Verdad usted que sí?

—Sí, señora; ella se burla de mí y, sin embago, yo cada vez la quiero más.

—Y yo menos.

—Vamos, Conchita, no sea usted así. ¿Qué trabajo le cuesta decirme que me quiere un poco no más? Si con eso me contento.

—Ya le querrá, sí, señor; mejor dicho, le quiere ya. Y en cuanto que se ponga la sortija de los dos corazones, estoy segura que... que va a ser eso como una especie de... de... si no sé cómo decirlo, vamos, como esos evangelios que les ponen a las criaturas para que nadie les haga mal de ojo.

—Quiere usted decir que eso será un talismán que la haga sentir por mí...

—Yo no *nesesito* esas cosas, don Cosme.

—Pero nunca están de más.

Y al decir esto, sacó el prestamista la caja de la sortija.

*

* *

A pesar de que el corazón de Concha estaba lleno con el amor de Manolo y que todavía estaban resonando en sus oídos las últimas palabras que el joven la dijera, mujer al fin, al ver brillar los diamantes de la sortija no fué dueña de reprimir un movimiento de satisfacción.

—¡Eh! ¿Qué tal?—dijo Escolástica.

—Es muy bonita la sortija—repuso Concha.

—Y puesta en ese dedo, ha de serlo mucho más—dijo don Cosme.

—Digo, y que mi hija no tiene unas manos que parecen torneadas.

—¡Pero madre!...

—Si es verdad. Vaya, déjeme usted que yo mismo le ponga esa sortija.

—Que no, señor.

—No seas tonta, mujer. Es preciso que la luzcas en la Verbena. Si esta noche ha de ser memorable. ¿No es verdad, don Cosme?

—Para mí, lo son todas las que paso al lado de Concha. Déjeme usted esa mano.

—Pero si no hay *nesecidad*...

Y la joven retiraba la mano, que al fin pudo coger el prestamista poniéndole la sortija.

Concha no fué dueña de reprimir cierta impresión de satisfacción al mirarse la mano.

Su amor propio estaba alhagado.

*

* *

Entraron en el café, y la presencia de la chula llamó como siempre la atención.

El prestamista iba a su lado dándose aires de conquistador.

Buscaron una mesa de las más retiradas y el mozo se presentó al momento a saber lo que querían.

En la puerta del café habíase improvisado uno de esos bailes al aire libre, como otros muchos que había por aquel barrio.

—Yo quiero un vaso de leche *amerengáa*—dijo Escolástica.

—Yo no quiero nada—repuso Concha.

—Eso no puede ser—contestó Cosme.—Se ha de remojar el regalo; conque así, vaya usted echando por esa boquita de gloria.

—No tengo gana.

—Toma algo, mujer. Tan siquiera para hacer boca hasta la hora de cenar.

—Eso, eso.

—Pero ¿dónde vamos a cenar?—preguntó Concha, sorprendida.

—¿Dónde ha de ser? Aquí. Sin duda que esta es noche de cenar en casa.

—Pero si nosotras hemos cenado ya.

—Sí, pero a las nueve de la noche y ya es cerca de la una de la madrugada, conque si cenamos a las dos...

—Madre, ¿y usted no sabe que yo he de irme a la fábrica bien temprano?

—Mañana no se va a la fábrica. Sin duda que todas tus compañeras que andan por ahí acudirán al toque de la campana.

—Bien, pero yo...

—Nada, esta noche es noche de divertirse y nada más.

—Ya lo oyes. Esta noche manda don Cosme y no hay más remedio que obedecer.

*

*   *

Concha inclinó la cabeza y una lágrima brilló en sus ojos.

Recordaba la promesa que había hecho poco antes a Manolo y que veía que estaba faltando abiertamente a ella.

—Conque vamos, Concha. ¿Qué va usted a tomar?

—Café—contestó la joven maquinalmente.

—¡Café a estas horas y con el calor que hace!

—Sí, señor, café, algo que me acabe de abrasar, a ver si concluyo de una vez.

Y la joven, que pronunció estas palabras más bien respondiendo a su propio pensamiento que a la indicación de don Cosme, se llevó el pañuelo a los ojos para enjugar la lágrima que acababa de brillar en ellos.

—¿Qué es eso? Concha—dijo el prestamista sorprendido.—¿Está usted llorando?

—¿Qué te pasa, hija?—preguntó a su vez Escolástica.

—Nada—contestó la joven alzando resueltamente la cabeza.—Que me estoy dando vergüenza yo misma.

—¡Concha!

—Sí, don Cosme. Yo agradezco a usted mucho todo lo que hace por mí. Sí, señor, y ese cariño que dice me profesa, pero yo no puedo aceptarlo. Yo tengo dada mi palabra a Manolo, y no sé fingir lo que siento. Aquí estoy en un día de la alegría general, mientras el pobre está en el cuartel pensando en mí, y tal vez llorando porque quizás no me vuelva a ver. ¿Sabe usted lo último que me ha dicho, la última súplica que me ha hecho?

—Ni nos importa tampoco—repuso Escolástica furiosa, medio atragantándose con el sorbo de leche amerengada que estaba tomando.

—Sí, señora, que importa, porque yo soy una mujer sin palabra y... Pues vamos, don Cosme, lo último que me ha dicho el pobre Manolo, es que por Dios y los santos le diera palabra de no hablar con usted.

—¡Valiente tuno está el tal Manolo!

—¿Y por qué no había usted de hablar conmigo?—preguntó el prestamista.

—Porque el pobrecillo sabe que usted anda tras de mí.

—¿Y tú no le has mandado donde debías?

—No, madre; le he contestado lo que debía. Que no hacía caso ni a don Cosme, ni a nadie,

Y, sin embargo—prosiguió la joven con los ojos llenos de lágrimas,—aquí estoy y no sólo he hablado y estoy hablando con usted, sino que he aceptado un regalo suyo.

—Como aceptarás otros y como hablarás con todo el que se te antoje. Pues no faltaba más, que por ese pelagatos fueras a perder tu proporción.

—Dice bien la señora Escolástica—añadió el prestamista.—Sobre todo, mañana se va Manolo, y sabe Dios lo que tardará en volver o si él, por allí, no encuentra otra mujer que...

—Calle usted, don Cosme; Manolo no es de esos.

—Manolo, es como todos o tal vez peor.

—Nada, madre; no hablemos más sobre ese particular. Yo he prometido y...

—Y cumples, mientras puedes. Pero como no siempre ha de ser igual...

—Pues por eso es por lo que lloro y me desespero—prosiguió la joven con desconsolado acento;—porque ustedes me están poniendo en el caso de que tenga que faltar a mi Manolo sin quererlo yo misma.

—Pero si él se marcha mañana, y si te he visto no me acuerdo.

—Eso lo dice usted, madre; pero no es verdad.

—Eso sucede siempre—repuso don Cosme.—Créame usted, Conchita, como yo la quiero no puede quererla ese pobre muchacho, que después de todo ¿qué es lo que puede darla?

—Pues eso es lo que yo la digo—repuso Escolástica.—Mientras que con usted, vamos, que ya puede una estar tranquila.

—¡Que no quiero, vamos, que no quiero!—dijo Concha, moviendo resueltamente la cabeza en sentido negativo.—Mire usted, don Cosme, esta sortija que usted me ha dado es muy bonita, sí, señor, vale mucho, pero como yo no valgo nada, vamos al decir, para lo que usted quiere, pues tómela usted y regálesela a quien no tenga los compromisos que yo tengo. Y este pañolón que a usted le ha costado buenos duros y todas las demás cosas que usted me ha regalado y que mi madre me ha hecho que las tome, todas se las enviaré a su casa, porque no está bien que la que no puede dar nada en cambio, acepte dádivas de ninguno. Y vaya, que ya no tengo que decir nada más y esta es mi última resolución.

V

El baile

Inútil es decir la cara que pondría Escolástica mientras su hija estaba hablando y sacándose del dedo la sortija que dejó encima de la mesa.

El prestamista y ella, cruzaban miradas, con las cuales se significaban la extrañeza que semejante proceder les causaba.

Por fin, no pudiéndose contener Escolástica, exclamó:

—¿Pero qué demonios estás hablando ahí? Tú estás dejada de la mano de Dios, sin duda. ¿No es verdad, usted, don Cosme? No quiero decirte si haces bien o mal en seguir lo de Manolo.

Pero hacerle un desaire semejante al más noble de los señores que nos honran con su trato, vaya, que eso no lo hace ninguna persona que tenga su *diznidad* como debe tenerla. En primer lugar, porque cuando un caballero hace *obsequio* a una señora, pues *enjamás*, lo hace con segunda. ¿No digo bien, don Cosme?

El prestamista hizo un movimiento con la cabeza, pero nada más.

Es muy posible que no estuviera conforme con las extrañas teorías de la peinadora; pero no era conveniente demostrar lo contrario.

El había hecho los regalos no sólo con segunda sino con tercera y con cuarta, y con todas las circunstancias agravantes que podían concurrir para un hecho semejante.

Pero no era cosa de dejar mal, a quien él consideraba como el mejor abogado para defender su causa.

—¿Dónde se ha visto—prosiguió Escolástica,—devolver lo que se da de buena voluntad y de mejor, se ha recibido? Dejando aparte, que esto que a ti te pasa ahora, pues dentro de pocos días ya se te ha olvidado. Pues ya lo creo, que se le habrá olvidado. Si conoceré yo lo que son todas estas cosas. Lo único que quedará aquí, será tu madre para aconsejarte lo que has de

hacer por tu bien, y este cura—prosiguió Escolástica señalando a don Cosme,—que es lo único firme que has de encontrar a tu lado.

—Eso sí—se apresuró a decir el prestamista, comprendiendo que no se había perdido todo, puesto que contaba con la madre en su favor. —Yo no tengo más que una palabra. He dicho que quería a Concha y la quiero y si ella me pide todo lo mejor que hay en mi casa, y cuidado que allí tengo empeñadas cosas de mucho valor, pues si ella me las pide aunque supiera ir a la cárcel las tendría.

—Y eso, mujer, eso—se apresuró a decir la peinadora.—¿No te conmueve? Pues sí hay para comerse un hombre así. Anda, que tu Manolo haga una cosa semejante.

—¿Qué ha de hacer el pobre?—contestó amargamente Concha. — El no puede darme más que...

—Disgustos—le interrumpió Escolástica,—eso es lo que te puede dar ese pelagatos.

—¡Válgame Dios, madre, qué mal lo trata usted!

—Pues sin duda que él me trata tan bien.

—Vaya, vaya—dijo el prestamista.—Guárdese usted esa sortija, y guárdese usted todo lo que tiene y con eso podrá recordar alguna vez que

hay un hombre que la quiere realmente de veras.

—Pero...

Y Concha trataba de sostener su negativa.

—Que te calles ya, mujer,—la dijo su madre cogiendo la sortija y tratando de ponérsela en el dedo.—Si el señor la ha dado de buena *voluntaz.*

—No, madre; no la quiero; mejor dicho, que no debo quererla.

—¿Será posible que así me desprecie usted, Concha? ¿Es qu equiere usted desesperarme, o que no cree que yo la quiero?

—Si no es eso, don Cosme, si no es eso.

—Pues entonces, ¿qué es?

—Nada; no le haga usted caso a ésta—repuso resueltamente Escolástica.—La sortija te la pones tú, y te pones todo lo que te ha regalado don Cosme, porque soy yo, tu madre, quien te lo dice. ¿Estás? y no vuelva a hablarse más de este asunto. Mañana se marcha Manolo y una vez que esté fuera, tú te has de convencer de quién vale más de los dos.

—¡Válgame Dios, madre!

—Pero si no se le sigue perjuicio con eso, Conchita. Si el que yo la quiera a usted y usted no me corresponda no tiene nada que ver

con eso. Guárdese usted esa sortija, y como dice muy bien su madre de usted, no nos ocupemos más de una cosa que no vale la pena.

—Para mí, sí que vale.

—Porque eres tonta.

—Pero si nadie lo ha de saber.

—Lo sé yo, y basta.

—¡Valiente persona!

—Si esa sortija está hecha para usted, si en esa manita, que parece un rollo de manteca, está divinamente... Vamos, póngasela usted y no sea niña. Si nadie tiene que saber nada.

Concha, combatida por aquellos dos adversarios tan formidables, y al mismo tiempo excitada también por algo de vanidad, concluyó por volver a tomar la sortija y ponérsela en el dedo.

—¿Eh?—dijo su madre.—Cómo adorna una mano una alhaja semejante.

—Y cuando la mano es tan preciosa... No digo nada.

*

*   *

Entretanto, en otra mesa que había en el extremo opuesto de la sala, unos cuantos jóvenes acababan de tomar una *bola.*

Habían visto entrar en el café a la Escolástica y a su hija acompañadas por el prestamista, y uno de los bebedores, Salvador, el hijo del alquilador de caballos, exclamó:

—Ya viene por allí el paso del Prendimiento: Jesús y los dos ladrones.

—¿Qué dices?—le preguntaron sus amigos.

—Nada. Mirad, Concha es el Cristo y su madre y el usurero los dos ladrones.

—¿Todavía te acuerdas de Concha?

—Vaya, como que mantengo mi propósito. Es un bocado que me lo quiero comer.

—¿Y Manolo?

—Se marcha mañana. Si él hubiera permanecido aquí, pase. Tal vez la hubiera dejado. Pero con el tío judío ese, ya es diferente.

—Pero ¿tú crees que don Cosme pueda ser aceptado por la Concha?

—Si no por ella, por su madre.

—¿De modo que la peinadora?...

—Pues está más enamorada que su hija de ese tío mastuerzo.

—Y la muchacha...

—Caerá, si antes no la cojo yo.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé...

—¿Pues entonces?

—Esas cosas no se saben con anticipación; surgen en el momento.

—Milagro ha sido que Manolo haya querido marcharse.

—Sí, hombre, es tan *panoli*, que a pesar de que tiene algunos cuartejos ahorrados, y de que su padrino tiene el riñón bien cubierto para haberle podido librar, no ha querido, diciendo que el amor de la patria exigía de él semejante sacrificio.

—Pues a ver si mientras está por allá le soplan aquí la dama.

—Que es lo más seguro.

—Y parece que la Concha está llorando—dijo uno de los jóvenes mirando hacia la mesa donde aquella y sus acompañantes estaban hablando.

Volviéronse todos, y Salvador se apresuró a decir.

—¡Hombre! No mirar, o hacerlo con más disimulo. ¿No véis que lo advertirán?

—¿Por qué llora la Concha?—dijo uno.

—Mira tú que eres *lila*. ¿Por qué ha de llorar? Porque se ha estado despidiendo de Manolo.

—¿Ahora?

—Sí. El señor Isidro consiguió permiso para

que saliera del cuartel hasta las doce. Así se lo ha dicho a mi padre.

—¿Y tú le has visto?

—Ya lo creo. Y me he despedido de él.

—¿Y no te ha encargado que le guardases la novia?—dijo con acento burlón uno de los jóvenes.

—Ya sabe que yo le ando buscando el cuerpo.

—¡Malo!

—¿Por qué? También está celoso del usurero.

—Y no sé cómo no le ha dado ya un mal golpe, porque Manolo no es manco.

—El señor Isidro se lo ha quitado de la cabeza. Por supuesto, que la peor aquí, es la madre. A mí no me puede ver.

—¿Por qué?

—Porque siempre que hablo con ella la llamo Celestina en vez de Escolástica.

—¡Ja, ja!

Y los jóvenes soltaron la carcajada, comprendiendo la alusión.

De este modo, de cuando en cuando, mirando con disimulo a la mesa, los jóvenes comentaban lo que observaban, diciendo Salvador:

—Nada, lo que yo he pensado. La chica llora por Manolo, la madre ríe por el judío, y éste se

mantiene en segundo término, esperando que se vaya el otro para pasar a primero.

—En cuyo caso, tú ¿dónde te quedas?—preguntó uno de sus amigos.

—Mira tú que cosas dice éste—repuso Salvador.—Sin duda que te creerás que yo voy a dejar a ese tío panzón que se salga con la suya. Primero le abro un agujero en la tripa para ver lo que guarda en ella.

—Cuidado, Salvador, cuidado; que ese judío tiene mucha mano en el Ayuntamiento.

—Y yo la tengo en otra parte; con que, pata.

De pronto dijo Salvador:

—Hombre, voy a bailar esta americana.

El piano que había en la puerta del café, estaba tocando una.

—¿Con quién?

—¿Con quién ha de ser? Con la Concha.

—No querrá su madre.

—Pero si lo quiero yo...

—Te lo prohibirá don Cosme.

—Eso quisiera yo ver. De ese modo acabaríamos más pronto.

—No vayas a promover un escándalo, Salvador.

—¡Bah! Ya conozco la Prevención.

Y el joven se levantó y se acercó a la mesa

donde Concha, cediendo a las palabras de su madre y el prestamista, acababa de ponerse la sortija.

*
* *

Cuando Escolástica vió acercarse a Salvador, murmuró:

—¿A qué vendrá ahora este fantasmón?

El mozo se aproximó con desenfado a la mesa, y dijo:

—Concha, ¿vamos a bailar esta americana? Supongo que don Cosme no querrá bailar, y no es justo que porque él esté gordo, tú que no lo estás, te quedes ahí sin tomar parte en la fiesta.

—Mi hija no tiene gana de bailar.

—Todavía no lo ha dicho, señora Celes... digo Escolástica.

—Dice bien Salvador—repuso don Cosme, que no quería que se armase estándalo y que conocía muy bien lo que eran Salvador y sus amigos.—Eso quien lo ha de decir es la Concha.

—Y yo, que soy su madre.

—Pero usted ya no baila; podrá hacer bailar a otros pero nada más.

—Lo que tú tienes, Salvador, como te he dicho muchas veces, es la lengua muy larga.

—En cambio usted tiene las manos muy listas.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Con que, Concha, vienes, ¿sí o no?

—No.

—Dispénseme usted, madre — repuso Concha, comprendiendo que de negarse podría armarse bronca, porque los amigos de Salvador ya se habían levantado y estaban observando.

—¿Qué dices, muchacha?—preguntó Escolástica.

—Que voy a bailar con Salvador—repuso la joven con violencia.

—Te lo prohibo.

—Más valía que me hubiera usted prohibido otras cosas—dijo Concha.—Ahora ya es tarde. Con esto faltaré a dos promesas.

Y se levantó de la silla.

—Anda, anda, grandísima... ya me las pagarás todas juntas.

—No tenga usted cuidado, don Cosme—dijo Salvador con ironía,—que no le echaré a perder el pañolón.

—Pero, ¿qué dice esa mala lengua?—dijo Escolástica con voz trémula de ira.

—Yo qué sé—contestó el prestamista.

—Vaya, hasta luego.

Y el mozo, ofreciendo el brazo a Concha, salió del café.

VI

Declaración de guerra

Por más esfuerzos que hacía la joven para permanecer serena, le era imposible; las lágrimas asomaban a sus ojos, y tenía que llevarse a ellos el pañuelo para secarlas.

—Pero oye—la dijo Salvador.—¿Es que estás llorando?

—Sí—repuso la joven.

—¿Y por qué lloras tú, cara de cielo? ¿Quién te ha ofendido así, para que tengas lágrimas en los ojos?

—¿Que quién me ha ofendido? Pues tú el primero.

—¡Yo!

—Tú, sí. Porque has venido a la mesa, ya con el propósito de armar bronca, obligándome, para evitarlo, a que accediera a tu capricho.

—¿Y tan mal te sabe? ¿Es posible que tú puedas sentir algo por ese tío judío, a quien proteje tu madre? Dímelo, y vuelvo a llevarte allí y le saco ahí fuera, y veremos quién de los dos vale más.

—Ninguno — repuso con voz sorda la joven.

—¡Cómo! ¡Qué es lo que quieres decir!

—Que ninguno de los dos valéis nada. Don Cosme, porque se cree que por su dinero todas las mujeres han de hacer lo que él quiera; y tú, porque echándotelas de valiente has de salir con la tuya cuando te se antoja. Y los dos sabéis que yo amo a un hombre con toda mi alma, que es pobre, y no tiene más riqueza ni más esperanza que mi cariño, y los dos, cada uno por su estilo, me estáis empujando para que me pierda yo y se pierda él, que es incapaz, pobre y todo, de hacer lo que vosotros estáis haciendo.

—¿Sabes, Concha—dijo Salvador después de un momento,—que si un hombre me hubiese dicho la mitad nada más, de lo que tú acabas de de-

cirme, ya le hubiera metido el resuello para adentro, a fin de que no hablara más?

—¿Y qué me quieres decir con eso? ¿Que me quitarás la vida? Pues acaba de una vez, porque yo no puedo hablarte de otra manera.

—Lo que has de decir es que tú tienes preferencia por ese nabo con patas que se llama don Cosme, que tu madre lo proteje y que...

—Yo no tengo preferencia por nadie. Yo quiero a Manolo y nada más.

—No me lo digas, porque me enciendes la sangre y no quisiera dar un qué decir.

—Yo nonca he ocultado lo que siento.

—¿De modo que no me quieres?

—Ya lo he dicho.

—Pero si Manolo sabė Dios si volverá.

—¿Y qué?

—Que si no vuelve...

—Cállate, porque parece que estáis deseando todos su muerte.

—Natural. Si yo te quiero y él es el obstáculo que hay para mi cariño, ¿no he de desear que se lo lleven todos los demonios del infierno?

—Calla, Salvador. No te había creído así.

Y la joven hizo un movimiento para soltar su brazo del de su compañero.

*

* *

Durante algunos segundos permanecieron silenciosos.

Después dijo Salvador, pasándose la mano por la frente como si pretendiera desechar las ideas que se le ocurrían.

—Vamos a bailar.

Concha apoyó su mano en el hombro del joven, y formaron parte de las parejas que bailaban al son del piano.

De pronto, dijo Concha:

—Salvador, no puedo más. Ya te he complacido. Ya me ha visto todo el mundo bailar contigo. Mañana habrá alguno que se lo diga al pobre Manolo, y sabrá que mientras él, en la soledad dal cuartel, está pensando en mí, yo me he estado divirtiendo y bailando con su rival. Ya puedes estar satisfecho.

—No, no lo estoy—repuso el joven con despechado acento.

—Pues ¿qué quieres más?

—Que me quieras.

VII

Uu buen plan

Mientras entre Salvador y Concha había mediado la escena que han escuchado nuestros lectores, Escolástica y don Cosme habían estado hablando también largo y tendido.

El prestamista había tirado del vestido a la peinadora, cuando ésta, viendo que su hija se alejaba del brazo de Salvador, pretendía ir a separarlos.

—Déjeme usted, don Cosme—dijo la peinadora. —Va a saber ese brabucón cómo saben las manos de una peinadora.

—Cálmese usted, señora Escolástica. No hay necesidad de armar escándalos para hacer uno lo que mejor le convenga.

—¿Y esa grandísima tunanta, que así deja mal a su madre?

—Concha ha obrado con mucha prudencia.

—¡Don Cosme!

—Eso es imposible. Salvador, quítatelo de la cabeza.

—No me lo quito. Al contrario, cada vez formo más empeño en ello.

—Tú podrás formarlo, pero yo te aseguro que no soy ni la mujer que te figuras, ni la que a ti te conviene.

—Mira, Concha, que tú no me conoces todavía.

—Pues si no te conociera, ¿tendría *nesecidad* de hablarte así?

—¿Qué quieres decir?

—Que cualesquiera otro que fueras tú, no me habría puesto en este caso.

—¡Cómo!

—Otro hombre, sabiendo que estoy comprometida y que quiero de veras al pobre Manolo, nada me habría vuelto a decir. Pero tú, no contento con hablar, amenazas, y no contento todavía con amenazar, me obligas a que yo misma de pie para que crean todos lo que no hay.

—Pues bien, tómalo en el sentido que te dé la gana. Yo te quiero, y no tendrás más remedio que ser mía.

—No lo esperes.

—¿Y si Manolo te dejase mañana?

—Tampoco lo sería.

—Entonces, ¿prefieres a don Cosme?

—A ninguno. Sábelo de una vez, para que no digas después que te he engañado. Yo no soy como mi prima, ni como, aunque me duela decirlo, mi madre quisiera que fuese. Ningún hombre que pretenda comprarme, ni con dinero ni con amenazas, obtendrá nada de mí. Ahora, ya lo sabes.

—Pues mira, yo también te lo digo ahora para que no te sorprendas. Tú, apesar de lo que dices, has de evnir a pedirme que te quiera, ¿lo entiendes?

—No.

—Peor para ti.

—Vaya. terminemos esta conversación, porque hasto he sufrido ya.

—Que serás mía.

—Antes me mataré. Ya tú ves si estoy resuelta.

—Para que tú veas si estaré yo seguro de que no te matarás, que yo mismo te acompañaré al viaducto.

—No lo pruebes.

—Pues quiéreme.

—Adiós.

—¿Es esta tu última palabra?

—La última.

—Pues no tardaremos en vernos.

—La joven volvió a entrar en el café, y fué a reunirse con su madre y don Cosme.

—Sí, señora, con mucha prudencia, y yo aplaudo lo que ha hecho.

—Pues yo, no.

—Concha ha visto lo mismo que yo; que Salvador se levantó de la mesa en que estaba, resuelto a provocar un escándalo, y lo ha evitado de esa manera.

—Y el muy tuno, ahora se estará burlando de nosotros.

—Déjele usted, que no se burlará mucho tiempo.

—¡Oh! Sí, señor. Usted no le conoce.

—Pero conozco a su padre y sé cómo está.

—Yo le conozco también, y mañana me va a oir. Se lo aseguro.

—Usted se callará mañana y seguirá callando siempre.

—¡Don Cosme! no me diga usted eso.

—Ya lo creo que se lo digo. Más partido sacaré yo obrando y callando, que usted con dar cuartos al pregonero. Créame usted a mí.

—Ese bribón, se cree que porque es valiente y porque su padre tiene dinero y ha vendido caballos al gobernador y al marqués A y al duque B, y le protegen, ya puede hacer lo que le dé la gana. Pues conmigo, que no juegue.

—Calle usted, señora Escolástica, calle usted, que todo se andará. Vamos a otra cosa.

*

* *

Escolástica miró atentamente a su interlocutor.

—¿Qué quiere usted?

—Quiero que hablemos ahora que estamos solos.

—¿De qué?

—¿De qué ha de ser, sino de Concha? ¿Cree usted que yo puedo ocuparme de otra cosa sino de ella?

—¿Y qué me va usted a decir?

—Pues ya lo sabe usted; que yo la quiero y que ella no me corresponde. Bien claro lo ha dicho esta noche.

—Como que ese Manolo la tiene sorbido el seso.

—Pero Manolo se marcha mañana.

—Sí, señor.

—Y ausente el muchacho...

—Ella es terca, y por lo mismo que nosotros queremos una cosa, basta para que ella siga lo contrario.

—Vamos a ver. Si Manolo se olvidase de ella...

—¿Quién? ¿Ese *panoli?* Pues si está *chalao*, completamente *chalao* por la chica.

—Eso se comprende. To también lo estoy.

—Y como que ella le hace tanto caso...

—Por lo mismo, si él llega a olvidarse, que todo puede suceder...

—¡Oh! Entonces... entonces mi Concha tiene mucho orgullo, sí, señor, y, despechada, sería capaz... Pero ¡cá! No hay que pensar en eso.

—Al contrario, hay que pensar. Manolo va a la guerra, y en la guerra más fácil suele ser coger una bala que le deje cojo o manco, que un galón o un entorchado.

—Es verdad. Pero la chica, aunque esté herido, y tal vez por eso mismo, le querrá más.

—Se comprende. Pero ¿y si muriese allí?—prosiguió don Cosme bajando la voz.

—Hombre, si nos ponemos en lo peor...

—Pues en lo peor nos hemos de poner.

—¿Y qué?

—Muerto el perro, se acabó la rabia, dice el refrán, y muerto Manolo...

—Ya. Tiene usted esperanza que suceda una cosa así, ¿no es cierto?—dijo Escolástica mirando fijamente a don Cosme.

—Naturalmente. Y si Concha recibiera noticias ciertas de la muerte de Manolo, la fe de muerto, y...

—Sí; no dudo que entonces...

—Sería yo feliz.

—Pero para llegar a eso hay cien leguas de mal camino, don Cosme.

—No tantas como usted cree.

—¡Qué! ¿Le han echado a usted las cartas y ha sabido que Manolo morirá en América?

—Podría ser.

—Pues si mi Concha lo sabe...

—Supongo que no irá usted a decir.

*

* *

Escolástica miró a su interlocutor indignada por semejante suposición.

Precisamente cuando nadie estaba más interesado que ella en que don Cosme saliera adelante con su propósito, suponer semejante cosa, era ofenderla.

—¡Qué cosas dice usted!—repuso con acento de reconvención.

—De modo que usted cree que si llegara un caso así, la Concha...

—Pues le acogería a usted con los brazos abiertos, digo, si usted continúa mostrándose tan rendido y tan bueno con ella.

—Más todavía. Porque crea usted, señora Escolástica, que cuanto más me desdeña, la quiero más.

—Es que la chica vale mucho. Aquí lo que hemos de tener es ese bribón de Salvador.

—A ese déjelo usted por mi cuenta. Yo no hablo, pero obro.

—¡Lástima de cadena! Otros quizás la llevan con menos motivo que él.

—Lo principal es que usted y yo nos entendamos, para esegurar la dicha de Concha.

—¡Oh! lo que es nosotros estamos entendidos. No faltaba más.

—Pues estando de acuerdo ya verá usted como salimos triunfantes. La cuestión es que Manolo se marche y llegue a Cuba y empiecen las operacioens.

—¿De modo que usted tiene confianza en...?

—Déjeme usted, que yo me entiendo y nada más.

En este momento, entró Concha en el café y se acercó a la mesa diciendo:

—Madre, vámonos a casa que no me siento bien.

—Ya me lo figuraba yo. Ese tuno de Salvador te habrá dicho...

—No, he sido yo misma quien me he dicho todo lo que merezco. Vamos.

Poco después Concha, su madre y el prestamista abandonaban el café.



LIBRO SEGUNDO

LA SEGUNDA VERBENA



I

Tres meses después

Manolo se había embarcado en Cádiz, y Concha, que había ido a despedirle a la estación, cuando salió de Madrid, hubo de guardar cama por efecto de la impresión que recibió al despedirle.

Conforme iba marchando el regimiento hacia la estación, uno de los amigos de Salvador y amigo también del pobre soldado, se le acercó y le dijo:

—¡Cuánto sentí anoche no haberte podido ver en la verbena!

—Si no estuve—repuso el joven.—¡Buena verbena tenía yo!

—Si me dio la Concha que habías sacado licencia hasta las doce y que estuviste hablando con ella.

—¿Y dónde viste tú a la Concha?—preguntó Manolo frunciendo el entrecejo.

—Pues en el café de Botín. Allí estaba con su madre y el judío ese, de don Cosme.

Manolo no pronunció una palabra, pero se comprendía bien, el efecto que le había producido lo que su amigo le acababa de decir.

Este continuó:

—Después, la vi en el baile, y entonces fué cuando me dijo que había estado hablando contigo.

—¡En el baile!—exclamó Manolo ennegreciéndose más la expresión de su rostro.

—Sí; estaba bailando con Salvador.

—¡Con Salvador!

—Como él es así, ya tú sabes. Vaya, que la comprometió y no tuvo otro remedio que bailar. Entonces fué cuando yo me acerqué y hablé con ella.

Manolo no volvió a decir nada, pero se comprendía perfectamente lo que estab apasando en su espíritu, nada más que con mirar su semblante.

*

*   *

Cuando llegaron a la estación, Concha estaba allí como otras muchas mujeres, madres, esposas o hermanas de los soldados.

Manolo la vió en seguida.

Es verdad que ella estaba en primera fila,

por decirlo así, y le vió desde el momento que llegó el batallón.

—Manolo—le dijo así que se pudieron reunir,—no he querido que te marcharas sin darte el último adiós.

—Y eso—dijo el joven con amarga ironía—que debías estar muy cansada después de estar bailando con Salvador y de pasear la verbena con don Cosme.

—¿Quién te ha dicho?...—exclamó la joven enrojeciéndosele el rostro y llenos de lágrimas los ojos.

—Dos cosas te había pedido—dijo Manolo—y dos que me ofreciste cumplir. Para que se fíe un hombre de las palabras de la mujer. Si no habiéndome marchado todavía, me estabas engañando, ¿qué sucederá ahora que vas a quedarte libre de mí?

—¡Manolo, por Dios! Yo te diré...

—Nada, ¿qué has de decirme? disculparte y nada más.

—Yo te juro...

—No, que jurarías en falso y no quiero que cargues tu conciencia con un pecado más.

—¡Manolo!

—Anda con Dios, Concha. Ya sé todo lo que puedo esperar de ti.

—Yo no quería ir a la verbena; yo no quería

bailar con Salvador—exclamó la joven llorando amargamente,—pero mi madre se empeñó y Salvador iba a promover un escándalo. Te juro que eso es la verdad.

—Y que hubiera promovido un escándalo. ¿No valía eso más, que engañarme del modo que lo has hecho?

—Harto he llorado y buena la he tenido con mi madre después que fuimos a casa. Ya me figuraba yo que alguien iría con el soplo deseguida.

—Si las cosas no se hicieran, desengáñate, que no se sabrían. ¿Qué fe puedo yo tener en ti, después de lo que has hecho? Aunque no pensaras más, sino que no tengo a nadie más que a ti en el mundo, que voy a marcharme lejos, muy lejos, y que es muy posible que la única noticia que tengas mía, sea la de mi muerte, creo, Concha, que bien valía la pena de que me hubieras complacido en lo único que te pedí.

—Pero si ya te he dicho lo que pasó.

—¿Y quién me dice que eso mismo no volverá a pasar esta noche y mañana y siempre mientras yo esté en la guerra?

—¡Oh! no lo pienses siquiera.

—Tampoco lo pensaba anoche, y, sin embargo, ha pasado. En fin, tú misma, Concha. Es inútil que te reconvenga más. Si tienes conciencia, ella

te dirá lo mal que has hecho y lo indignamente que pagas la confianza que había depositado en ti.

Concha lloraba amargamente.

No sabía qué decir, porque comprendía muy bien el efecto que debía haber producido en Manolo aquella revelación.

*

* *

Felizmente, para dar un nuevo giro a la cuestión, llegó el señor Isidro, el padrino del ebanista, acompañado de algunos otros amigos.

—Vaya—dijo al ver a todos.—No sé por qué ha venido ésta. Mira, no es cosa de llorar, sino de dar ánimos a los que se marchan.

—¿Y cómo quiere usted, señor Isidro, que los den los que se quedan, cuando ven que se les va su vida?

—Ea, ea, cesa ya de llorar. Lo único que debemos pensar ahora, no es ya en la ida, sino en la vuelta. Lo menos vemos volver a Manolo, de sargento o de oficial.

—O muerto, padrino. Que todo podría suceder.

—¡Calla, Manolo, si no quieres que yo muera antes de que tú te vayas!

—Las mujeres no mueren tan fácilmente como los hombres—dijo con amarga ironía el soldado.

En este momento, las cornetas tocaron llamada y a formar, para entrar en los coches.

Entonces fué el momento más terrible de la despedida.

La pobre Concha, tuvo que ser trasladada a un coche, por el señor Isidro y otro de sus amigos.

Cuando llegó a su casa tuvo que meterse en la cama, donde permaneció por espacio de un mes, luchando con la muerte.

Las duras reconvenciones de su amante le llegaron al corazón, como decía.

Al cabo de aquel tiempo, pudo una tarde, salir de su casa y recibir de manos del señor Isidro, las Icartas que desde Cádiz había escrito Manolo.

Más tarde, recibió otra de la Habana en la cual decía el joven que su batallón salía para la provincia de Santa Clara, donde estaba destinado.

*

*   *

Don Cosme no había dejado un sólo día de ir a visitar a Escolástica y a su hija.

La primera, solía decirle muchas veces, cuando Concha no podía oirla:

—Pues si esto ha sido ahora únicamente por haberse despedido, ¿qué será si el muchacho llega a morir en la guerra?

—No tenga usted cuidado. Esta ha sido la verdadera crisis, y para ello ha tenido gran parte, según podemos colegir por lo que Concha ha dicho, en s udelirio, las reconvenciones que Manolo la hizo, respecto a mí, y a Salvador.

—Pero ¿quién le diría?...

—Vaya usted a saber. Lo que tenemos que pensar un poco, es en las cartas que reciba de allá.

—¿Qué le vamos a hacer nosotros?

—Ya veremos, ya veremos.

*

* *

Salvador no se había presentado en casa de Escolástica; pero, sin embargo, sabía cuanto en ella pasaba.

Enviado por él, fué el amigo que habló con Manolo, diciéndole lo que Concha había hecho.

La idea de Salvador, fué provocar una excisión entre los dos amantes, tras de la cual sobreviniera un rompimiento.

Después, ya vería lo que convenía hacer.

Pero la enfermedad de Concha, destruyó todos sus planes.

Por otra parte, empezaba también a encontrarse un tanto preocupado.

Su padre le había llamado al orden, en cuanto a los gastos que hacía.

El alquilador de caballos era tan fanfarrón y gastador como su hijo.

Efectivamente, tenía muchas relaciones y de poder, porque era el proveedor, dor decirlo así, de caballos de tiro y de silla, de la mayor parte de la nobleza.

Esto le había proporcionado salir en bien en algunos malos negocios en que le habían puesto las locuras de su hijo.

Pero al mismo tiempo, también esto le había servido para gastar más de lo que ganaba.

Queriendo alternar con los nobles, en sus juergas con toreros y chulas, derrochaba su fortuna, tuvo que recorrer al préstamo, los intereses le absorvían mucha parte de los beneficios, y como por otra parte su hija gastaba también sin duelo, resultó que la situación económica de aquella casa, empezó a ser bastante difícil.

*

*   *

De aquí que Lázaro se vió obligado a decir a Salvador que pensara en ver de qué modo se podía colocar en alguna cosa, porque lo que es él no podía seguir sufragando sus extravíos.

II

El choque

Concha, restablecida ya, había vuelto a la fábrica esperando siempre con impaciencia, cartas de Manolo, y leyendo afanosamente los periódicos que don Cosme, con una amabilidad extraordinaria le llevaba todos los días.

El prestamista no había vuelto a hablarla de su amor.

Pero, en cambio, extremaba sus obsequios y se mostraba con ella más servicial y más cariñoso que nunca.

—¡Jesús!—decía Escolástica cuando se quedaba sola con su hija.—Este hombre es de lo que no hay. Sabe que tú no le quieres, que no le has de querer nunca, y, sin embargo, ni un solo instante se ha desmentido su cariño. ¿Con qué le podrás pagar todo lo que ha hecho por ti durante tu enfermedad?

¿Y en qué podía colocarse él que no había sabido toda su vida más que gastar y divertirse, sin tener otros conocimientos que los adquiridos en la escuela cuando niño?

—Pues tú verás para lo que yo sirvo—dijo Salvador a su padre.—Lo que aprendí en la escuela creo que todo se me ha olvidado.

—¿Y que eso diga un hombre de veinticuatro años? ¡Vergüenza me daría de tener que hacer semejante confesión!

—¿Y qué interés te has tomado tú en que yo aprenda, ni en que me ocupe de nada?

—Harto hacía con ganar dinero y trabajar para ti.

—Y divertirte y gastar lo que te daba la gana.

—Para eso lo ganaba.

—Y por eso yo, que era tu hijo y que no podía presentarme en ninguna parte como un mendigo, tenía también que gastar y divertirme.

—En fin, ahora ya no es cuestión de que hablemos de lo pasado. El caso es, que yo tengo muchas deudas, que no he podido comprar este año los caballos que tenía encargados, que hay por la plaza muchos pagarés con mi firma y que solamente a don Cosme le debo ya seis o siete mil pesetas.

—Esas son las que menos te deben importar.

—¿Por qué?

—Porque a ese tío le echo yo las tripas fuera, el día que intente hacer algo contra ti.

—Te guardarás tú muy bien, ni de mirarle malamente tan siquiera. Ese tío, como tú le llamas, nos podría poner en un compromiso el día menos pensado.

—Pues por eso, quitándole de en medio nos ahorraremos este disgusto.

—¿Y crees tú que las personas como don Cosme, no tienen arregladas sus cosas de manera que estén siempre a cubierto de cualquier atentado? Lo que has de hacer, ya te lo he dicho, es ponerle buena cara a don Cosme y pensar en el destino que más te agrade. En el Ayuntamiento todavía cuento con algún amigo.

—Pues tú mismo elije lo que creas que yo puedo desempeñar. Por supuesto, busca una cosa en que yo no tenga sino que ir cada mes a firmar la nómina y a coger los cuartos.

¡De qué buena gana Lázaro hubiera cogido una estaca y habría medido con ella las espaldas de su hijo!

Pero como que él le había dado el ejemplo, no tenía más remedio que callar y sufrir las consecuencias de aquellas tempestades cuyos vientos él, había sembrado primeramente.

—Si yo se lo agradezco y mucho.

—¡Lástima fuera! ¡Cuánto no más valía que le hubieses hecho caso en vez de haberte enrocinao con el tal Manolo que ya tú ves, desde que está en la Habana sólo creo que te ha escrito dos veces!

—No hablemos de eso, madre. Hasta desgracia tiene el pobre Manolo, y sabe Dios si el infeliz estará herido en alguno de aquellos hospitales.

Escolástica no añadía más palabra, y al día siguiente Concha, pasaba por la tienda del señor Isidro preguntándole:

—¿Sabe usted algo, señor Isidro?

—Nada, hija. Precisamente el muchacho está ahora en el Camagüey donde está lo peor de la guerra. Comprendo todas las dificultades que ha de tener para escribir, pero el caso es que nos hace pasar unos días...

—Yo no vivo, no sosiego, señor Isidro, si esto dura mucho, yo no sé qué va a ser de mí.

Y, efectivamente, que la joven se había desmejorado de un modo muy notable.

Por fin se recibió una carta de Manolo en la que decía los trabajos que estaban pasando, los combates que habían sostenido, que había ganado ya dos cruces, y que le habían hecho cabo primero.

Esta carta animó un poco más a Concha.

Cuando lo supo don Cosme, al salir de casa de Escolástica, se dijo, dándose un golpecito en la barriga con cierta satisfacción:

—Vaya. Ya no recibirá más cartas. Una bala se encuentra en el Camagüey con más facilidad que un dulce, y después que yo haya hecho la mía, me tiene muy sin cuidado todo lo que suceda. Ahora vamos a ocuparnos del otro.

Pasó un mes más, y Lázaro consiguió colocar a su hijo en el Ayuntamiento, como celador de policía urbana.

*

* *

Pero en cambio la situación del alquilador de caballos iba siendo cada vez más difícil.

Había llegado a su noticia, que todos sus créditos estaban reuniéndose en una sola mano, que los iba adquiriendo con alguna rebaja.

¿Quién era el que hacía estas compras? No lo había podido averiguar y esto le tenía inquieto, porque si en un día dado se presentaban todos aquellos documentos al cobro, su ruina era segura.

Por otra parte, don Cosme, cuya deuda ascen-

día ya a nueve mil pesetas, empezaba ya a exigir el reintegro.

Y la verdad era que Lázaro no se podía quejar.

El prestamista, sería lo que quisiera, pero con él, se había portado con un desinterés extraordinario.

Ni un céntimo le había puesto de réditos.

Esto en un usurero como todo el mundo llamaba a don Cosme, era mucho más de agradecer.

¿Cómo no pagar a quien con tanta razón pedía?

Al saberlo Salvador, dijo a su padre:

—Yo me entenderé con él, déjame.

—Te dije en otra ocasión que no quería que dijeras nada a don Cosme. Ya comprendo que no lo haces por mí, sino porque, según dicen, le hace la rueda a la hija de la Escolástica, la peinadora, tras de la cual andas tú también.

—¿Y qué?

—Yo no me meto en eso. Pero sí te digo que no quiero que tengas choque alguno con don Cosme.

—Que no me busque.

—Y si te busca, rehuye el cuerpo. Ya me has puesto en más de un compromiso, y si antes pude sacarte adelante, porque tenía buenos padrinos, hoy, todos me van dejando, desde que saben que no tengo dinero.

—Ya lo tendrás.

—Difícil es. Cuando se gasta como tú y yo hemos gastado, no es posible volver a recobrarlo.

*

* *

Salvador estaba de un humor de todos los diablos.

Aquellas pérdidas de su padre le habían privado del poderoso recurso necesario para los planes que formara respecto a Concha.

La idea del bribón era buscar un medio para atraerla a un sitio determinado donde no se pudiera defender y obligarla allí, a que diese a su pasión la recompensa que merecía.

Mas esto, ya no podía ser.

Se necesitaba dinero para prepararlo todo de modo que respondiera cumplidamente a su deseo, y carecía de él.

Y no tenía a quien pedírselo.

Sus amigos, lo mismo que le había pasado a su padre, al verle pobre y que tenía que buscar un destino para poderse ayudar, le iban volviendo poco a poco la espalda.

Concha, apenas le dirigía la palabra cuando la casualidad hacía que se encontraran.

Y esto acababa de irritarle.

—Sin embargo—se decía lleno de ira,—he dicho que esa mujer será mía, y lo será.

Y en su imaginación daba vueltas a cien proyectos a cual más descabellados.

*

* *

En estas circunstancias, un día que en el desempeño de su cargo estaba recorriendo el distrito confiado a su cuidado, tropezó con Concha que se dirigía a su casa, después de haber salido de la fábrica.

La joven iba sumamente triste.

Hacía ya dos meses que no había sabido nada de Manolo.

Le llevaba escritas cuatro cartas y cuando menos, para dos de ellas debiera haber tenido contestación.

Así que iba por la calle con la cabeza baja y pensando solamente en la causa del silencio de su amante.

Y caminando, ella sin ver, por decirlo así, fué a tropezar al volver una esquina, con una persona que exclamó al verla:

—¡Calla! ¿Eres tú, Concha?

—¡Salvador!—murmuró la joven.

III

La consecuencia del choque

Efectivamente, el flamante celador de policía urbana estaba a dos pasos de la joven, devorándola, si esta frase podemos usar, con la mirada.

La cigarrera, indecisa un momento, trató después, de pasar por la derecha, para seguir su camino.

Pero Salvador la detuvo diciendo:

—¡Qué! ¿No quieres dirigirme la palabra tan siquiera?

—Es tarde y mi madre me está esperando.

—¿Tu madre... o don Cosme?—dijo con cierto retintín el mozo.

—He dicho que mi madre.

—Pues la señora Escolástica ya está acostumbrada a esperarte. Ahora quiero hablarte yo, y me has de oir.

—¿Y si no quisiera?

—Querrás, porque no he estado esperando tanto tiempo que llegase esta ocasión, para desperdiciarla.

—Vaya, Salvador, tengamos la fiesta en paz.

—Si estamos en guerra, ¿cómo quieres que ajustemos la paz?

—Lo que te digo es, que no tengo *nesecidad* de hablar contigo. Que todavía estoy sufriendo las consecuencias de lo que, tus habladurías a mi Manolo, respecto a lo que pasó en la verbena, produjeron.

—¡Pues no hablas tú de poco lejos!

—Como que para mí, aquello está muy cerca todavía.

—Pues más cerca estoy yo ahora, que has de oir aunque te pese.

—Despacha pronto, que tengo prisa.

Y Concha, adoptando una resolución extrema, se plantó frente a Salvador mirándole de hito en hito y con las manos apoyadas en las caderas.

—¿Ya sabes lo que te dije la noche esa de la verbena, que acabas de recordar?

—No. Yo sólo me acuerdo de la *puñaláa* que le diste a mi Manolo en el corazón, haciendo que tu amigo le contara que había bailado contigo aquella noche y había estado en el café con don Cosme. Eso tan sóló es lo que recuerdo y por eso te aborrezco más. ¿Lo quieres más claro?

—Me basta oirte así, para persistir en mi empeño, Concha.

—Como quieras.

—Tienes que ser mía, de grado o por fuerza. Aunque yo me pierda para siempre, aunque después me lleven a presidio o me den garrote en el campo de Guardias, por estas cruces te juro que has de pertenecerme.

Y el mozo cruzó los dedos en forma de cruz y depositó sus labios en ellos.

—¿Sabes tú lo que te digo?—repuso la joven que había palidecido ligeramente al escuchar el juramento de Salvador.

—¿Qué?

—Que por estas—y la cigarrera hizo la misma señal de la cruz,—yo te juro que no ahs de vanagloriarte de haber conseguido lo que quieres.

—Mira, Concha, qu eno sabes lo que estás diciendo, que me provocas y uno no tiene la sangre de horchata y...

—Tú lo que tienes es mucha lengua para ofender a las personas *honráas* y que valen más que tú. Y no quiero gastar más saliva contigo. ¿Lo entiendes? Conque, hasta nunca.

Y la joven fué a dar media vuelta para alejarse, pero Salvador la cogió por un brazo.

—Mira que te voy a cortar la cara si continúas de ese modo.

—¿Quién? ¿Tú a mí? Vamos suelta, porque vas a saber lo que no has sabido en tu vida.

—¿Y qué es?

—Lo que pesa la mano de una cigarrera.

*

* *

Al decir estas palabras, Concha dejó caer la mano que tenía libre sobre la mejilla de Salvador.

Este, lanzó un rugido de ira y echó mano a la navaja que llevaba en el bolsillo.

Pero antes de que pudiera hacer uso de ella, una mano le cogió con fuerza por el brazo, diciendo:

—¿Qué vas a hacer?

Volvióse iracundo el mancebo y vió que el señor Isidro y don Cosme estaban a tres pasos de él.

El tendero de comestibles era quien le tenía sujeto el brazo.

—¿Tú quieres perder a tu padre por lo visto? —añadió el prestamista.

—Quien le quiere perder, es usted, tío pillo.— —gritó Salvador.—Déjeme usted, señor Isidro, porque...

—Deje usted a ese valiente que quería cortarme la cara porque no le quiero—repuso Concha.

—Y te la cortaré, a ti y al que se me ponga por delante—gritó Salvador ciego de ira, pugnando por desasirse de la mano que le sujetaba.

—¡Ah! sí—dijo don Cosme contestando a la brabata de Salvador.—Pues anda, hazlo si te atreves.

—Y con usted también, tío botijo.

Y por medio de una sacudida violenta se soltó del señor Isidro, y antes que nadie pudiera impedirlo, ni el prestamista evitarlo, le di un navajazo en el costado derecho.

Pero no tuvo tiempo de repetirlo.

El señor Isidro levantó el bastón y tal palo le dió en la cabeza, que cayó al suelo aturdido

por el golpe casi al mismo tiempo que caía también don Cosme.

Inútil es decir, que como ya se habían aproximado algunas personas al rumor de la reyérta, apenas cayó al suelo Salvador, se arrojaron sobre él y en un momento quedó desarmado y sujeto.

Concha y el señor Isidro se apresuraron a socorrer al prestamista, a quien los agentes de la autoridad condujeron a la casa de socorro.

IV

Mala noticia

Afortunadamente, la herida de don Cosme no resultó de gravedad.

El arma había resbalado, y si bien la curación había de ser lenta, no ofrecía peligro inmediato.

Salvador ingresó en la cárcel, se resucitaron algunos otros procesos, sobre los cuales se había echado tierra, merced a las influencias que su padre tenía entonces, y el proceso que se incoó contra el mozo, no era nada satisfactorio.

Su padre le increpó duramente diciéndole que no contase con él para nada, y se apresuró a ir a ver a don Cosme para manifestarle su disgusto por lo que había pasado.

Concha estuvo mala también a consecuencia de las impresiones de aquella tarde, y una vez que estuvo en disposición de ello, acompañó a su madre a cuidar al prestamista.

Así pasaban los días y no se recibía carta de Manolo.

La inquietud y la angustia de Concha eran grandes, y lo mismo ella qu eel señor Isidro, no sabían a qué atribuir semejante silencio.

Varias veces, el prestamista preguntaba a la joven si había tenido noticias, y siempre obtenía la misma contestación:

—No, señor. Ni dos letras siquiera para poderme tranquilizar.

—Lo que menos se acuerda él, es de la que por aquí ha dejado. Si todos los hombres son lo mismo. En cuanto que vuelven la espalda si te he visto no me acuerdo.

—No todos, señora Escolástica. Los mozos de hoy son los que hacen eso—decía el prestamista. Manolo, ya se ve, joven y en país nuevo y en tiempo de guerra, vaya si se divertirá.

—No, don Cosme—decía Concha,—Manolo no es de esos. Para que él no escriba, es menester que esté muy malo.

Y las lágrimas brillaban en sus ojos.

—Pero grandísima indina—la decía su madre,—¿a qué viene ese llanto ahora? ¿Qué sabes tú, si no escribe porque no le da la gana?

—También podría ser lo que dice Concha—añadía el prestamista.—Los mambises no tiran con bolas de algodón y las balas no tienen ojos. Quiero decir que no tendría nada de particular que estuviese herido.

—Eso, eso es lo que yo creo. Y tal vez muerto, don Cosme. Manolo era valiente y estoy segura que siempre querría ir delante.

—En cuanto yo me ponga bueno, iré al ministerio de la Guerra, donde tengo algunos amigos y veremos si es posible averiguar algo.

—¡Ay! sí, por Dios, don Cosme. Todo es preferible a esta ansiedad que me mata.

—¡Pobre Concha! Si yo pudiera traer en un vuelo a Manolo por no verla sufrir así, no sé lo que haría.

—¡Qué corazón, hija, qué corazón el de este don Cosme!—exclamaba Escolástica.

El señor Isidro había buscado relaciones para el Ministerio, pero nada pudo averiguar.

Envió algún cablegrama, que le costó muy buen dinero, como él decía, pero tampoco obtuvo contestación.

Lo único que se sabía, era que el batallón a que pertenecía Manolo, estaba en el peir lugar de la guerra y que casi siempre estaba en fuego.

Con estos antecedentes, fácilmente se comprende cómo estaría la pobre Concha.

Los días iban pasando y Manolo nada escribía ni nada se sabía de él.

Por fin, don Cosme pudo salir a la calle.

Seis meses hacía que el ebanista se había marchado, y cuatro que ninguna noticia se había recibido.

—Lo primero que haré será ocuparme de Manolo—dijo el prestamista a Concha y a su madre.

Y, efectivamente, estuvo en las oficinas del Ministerio, y cuando regresó a su casa y Concha y su madre fueron a verle, no tuvo la joven más que mirar el semblante del prestamista para comprender que nada bueno podía decirle.

—¡Ay! don Cosme—exclamó.—No me diga ested nada. Ya adivino...

—No adelantemos el juicio — repuso bondadosamente el prestamista. — No son muy buenos que digamos, pero no se puede asegurar nada.

—¿Está herido?—preguntó anhelante la joven.

—Por lo menos uno de su mismo nombre y apellido parece estarlo en uno de los últimos combates.

—Si ya me lo figuraba yo; si no era posible que mi Manolo hubiera podido estar tanto tiempo sin escribirme. ¡Válgame Dios y que desgraciada soy!

*

* *

Concha rompió a llorar amargamente mientras don Cosme continuaba diciendo:

—Vamos, Conchita, calma, calma. Todavía no se sabe nada seguro. He puesto un cablegrama pidiendo detalles y entonces sabremos la verdad.

—No, señor, la verdad ya la sabe usted—decía la joven con sollozante acento,—pero no me la quiere usted decir. ¡Como si no supiera yo lo que se hace para dar esas noticias! Si ya

me lo estaba diciendo el corazón. ¡En qué mala hora te empeñaste en ir a cumplir con tu deber! Yo quiero morirme, ya que se ha muerto el único hombre a quien amaba.

—¿Quieres callarte, mala hija?—gritó Escolás-Qtica viendo la desesperación de su hija.—Pues qué ¿no es nada para ti, la madre que te ha parido y que tanto ha pasado para criarte?

—¡Ay, madre, que no puede usted pensarse la pena que estoy pasando!

—Pero Conchita, por Dios, no sé cómo decirla que todavía no sabemos nada positivo, y está usted afligiéndose antes de tiempo, y afligiéndonos a todos, que la vemos de esa manera. Pues si de este modo se desespera ahora que nada se sabe de positivo, ¿qué es lo que reserva para cuando tengamos la evidencia?

*
* *

La joven no solamente no contestó, sino que ni escucahba, ni comprendía lo que la hablaban.

Para ella era indudable que Manolo había muerto, y que lo sabía don Cosme y no se lo quería decir.

Así fué que ya no le hizo tanto efecto cuando a los dos días, recibió el prestamista contestación al cablegrama que había dirigido a un sanitario amigo suyo, que estaba en el hospital de Pinar del Río, diciéndole que efectivamente el soldado por quien le preguntaba, cabo primero, natural de Madrid, había fallecido a consecuencia de las heridas recibidas en un combate que se había librado pocos días antes.

De todas maneras el golpe había sido tremendo, y la joven apenas repuesta de la enfermedad, que como ya digimos había sufrido, volvió a recaer, inspirando serios temores su existencia.

—Pues señor—murmuraba el prestamista con visibles muestras de mal humor,—sólo me faltaba que esta se muriese ahora, y todo el dinero que me he gastado, primero con el cartero para que me recogiese todas las cartas que viniesen a Concha o a su padrino, y después con el sanitario hijo de la señora Joaquina para que me envíe el óbito de Manolo, y dé el parte para el Ministerio de Guerra, sería un dinero tirado

a la calle. Pero no quiero ser tan pesimista. La muchacha se curará y con poco que me ayude Escolástica, conseguiré lo que me he propuesto.

V

Acuerdo de boda

Efectivamente, todo aquello había sido obra de don Cosme, a fin de que la misma desesperación de Concha la llevase a sus brazos.

El astuto prestamista lo había arreglado todo de manera que le diese aquel resultado.

Con dinero y con mala intención, desde el mismo día que la joven le manifestó resueltamente su voluntad de que jamás sería de él, se propuso demostrarle lo contrario.

Y no le arredró ni el tiempo que había de tardar en conseguirlo, ni el dinero que en ello se había de gastar.

Era cuestión de empeño, y para alcanzarlo nada le parecía caro ni pesado.

Desplegó tal habilidad en todo ello, que el mismo señor Isidro, que quiso comprobar la noticia en el Ministerio, hubo de convencerse que era cierta.

Manolo había muerto.

Don Cosme, en aquellas circunstancias se portó de un modo admirable.

Ni una palabra que pudiese revelar sus propósitos ni una frase que pudiese parecer interesada, ni una relación a sus anteriores aspiraciones.

Unicamente, su afán era que la joven recobrase la salud.

Para esto no omitió diligencia alguna.

Hubo consultas de los mejores facultativos, cuantas medicinas, por costosas que fuesen, y se juzgaran necesarias, él las pagó, y finalmente durante aquellas eternas noches de dolor, y de sufrimiento, Concha veía constantemente a la cabecera de su lecho al bueno del prestamista, cuidándola con la solicitud de la madre más amorosa.

*

* *

Todos los amigos y parientes de Escolástica estaban admirados de semejante proceder, y Concha no escuchaba de todos ellos, sino elogios para el prestamista.

Había abandonado sus negocios para ocuparse solamente de Concha.

Unicamente cuando ésta se consideró ya fuera de peligro y juzgó que no le necesitaba, fué cuando se permitió tomar algún descanso.

Concha había podido apreciar la abnegación y los cuidados de don Cosme, y por si ella no reparó, su madre se lo hacía observar.

—Con toda la sangre de tus venas—decía a su hija—no podrás pagar a don Cosme cuanto ha hecho y está dispuesto a hacer por ti.

—Ya lo he visto, madre, ya lo he visto.

—No, tú no lo has visto. Tú no has podido verle como yo, llorar como una criatura cuando los médicos decían que tu estado era muy grave y que no respondían de tu vida. Tú no le has oído decirles: «Toda mi fortuna al que de ustedes salve a esa joven». Vamos, hay que convenir en que te tiene una estimación como ya se ven muy pocas en el mundo. Yo no sé los días que h apasado sin desnudarse tan siquiera. Siempre con el reloj en mano para darte las medicinas a su hora. Yo misma, que soy tu madre, no te he cuidado como él lo ha hecho.

Cuando la joven estuvo en disposición de poder salir a la calle, don Cosme la envió un carruaje. En todo estaba, a todo atendía y siempre silencioso respecto a su amor.

Así era que cuantos le conocían, necesariamente tenían que hablar a Concha en su favor.

Esto era precisamente lo que quería es astuto usurero. Que otros fuesen franqueándole el paso

hasta el corazón de la joven.

Y necesario es convenir que su plan le salía a las mil maravillas.

Todo lo que antes había sido antipático para Concha le fué simpátcio desde entonces.

Consiguió inspirar a la joven un sentimiento; el de la gratitud y éste era ya el principio de amor.

—¡Válgame Dios! don Cosme—le dijo la joven un día.—¿Con qué podré yo pagarle todo cuanto ha hecho por mí?

—¿Y qué hice yo que no hayan hecho los demás?—repuso el prestamista.

—Si no hubiera sido por usted, regularmente a estas horas estaría ya muerta, porque mi madre no hubiera tenido recursos para atender a los gastos de esta enfermedad, así es que le debo a usted la vida.

—No por cierto. Se la debe usted a los médicos que la han asistido.

—¡Y qué médicos, madre mía! Lo mejor que hay en Madrid!

—Y si estos no hubieran sido suficientes, habrían venido los mejores de París. Ahí era nada el empeño que yo tenía en evitar que muriese.

—¿Y todavía dice usted que no ha hecho nada?

—Como que es verdad.

—Vaya, don Cosme, no diga usted eso.

Y los días iban pasando de este modo, y Concha, aun cuando con mucha lentitud, fué reponiéndose.

Su belleza había tomado otro tinte que la hacía doblemente simpática.

La nube de tristeza que se esparció por sus facciones le prestaba nuevos encantos.

Don Cosme se pasaba muchos ratos sin decirle una palabra, contemplándola de un modo ansioso.

El más torpe hubiera comprendido que aquel hombre estaba ciegamente enamorado.

Escolástica, las amigas de Concha, hasta el mismo señor Isidro, decían a la joven que debía darle su mano.

Muerto Manolo, que había sido su verdadero amor, era cuestión no sólo de recompensar a aquel hombre que con tanta nobleza y generosidad se portara con ella, sino que como cuestión de conveniencia, debía no acabar de desesperar a una persona a quien tanto debía.

Y sucedió lo que lógicamente tenía que suceder.

*

* *

Una tarde, había salido Escolástica, cuando llegó don Cosme.

No tenía esto nada de particular, porque se había repetido varias veces.

El prestamista llegaba y estaba hablando con ella de cosas indiferentes, hasta que iba su madre o cualquiera de sus amigas.

—¿Qué tal, Conchita?—la dijo el prestamista. —¿Cómo se siente usted hoy?

—Bien. Ya estoy fuerte, y la semana próxima volveré a la fábrica. Esta mañana se lo dije a mi tía.

—¡Válgame Dios!—exclamó don Cosme.—¡Cuánto siento que haya usted de volver a la fábrica!

—¿Por qué?

—Porque ni su carácter de usted ni el estado tan delicado en que se encuentra es para que vaya usted tan pronto a trabajar.

—¿Olvida usted que a pesar de lo muchísimo que usted ha pagado, y que yo agradezco en lo que verdaderamente vale, nos hemos atrasado mucho? Mi madre no tenía grandes ahorros, pero todos se han ido, y si desgraciadamente nos viniese otra enfermedad, nos veríamos muy apuradas.

—¿Y acaso no estoy yo aquí?

—Gracias, don Cosme. Harto ha hecho usted ya y demasiado hemos abusado de sus bondades. Muchas veces me pregunto cómo podré pagarle cuanto ha hecho, y...

—Y no encuentra usted la moneda necesaria para ello, ¿no es verdad?—dijo el prestamista sonriendo.—Pues no se ocupe más de semejante cosa. No espero paga ninguna ni lo hice con ese objeto, por lo tanto déjelo estar.

—¡Oh! Es que no puedo. Es que sin cesar se presentan a mi pensamiento, no precisamente los sacrificios del dniero que ha hecho, sino esas largas noches de cuidado y de afecto; esa multitud de atenciones que sólo el que es objeto de ellas puede apreciarlas, y quisiera compensarlas de algún modo.

—Vuelvo a repetirle que no sueñe con recompensa de ningún género. Tengo bastante con...

—¿Con qué? Vamos a ver.

—Con su amistad, conque aprecie, como dice, lo poco que pude hacer.

—¿Y no aspira usted a nada más?—preguntó la joven mirando fijamente a don Cosme.

—¿De qué nos serviría querernos, si no lo podría obtener?

*

*   *

A estas palabras del prestamista se siguieron unos momentos de silencio.

Después, dijo Concha, como adoptando una resolución:

—Oiga usted, don Cosme. Hablemos con franqueza. Ya sabe usted que mi corazón está muerto para el amor desde que murió Manolo. Pero en él ha quedado el agradecimiento, el deseo de servir y complacer a quien tanto ha hecho por mí. ¿Cree usted que dándole mi mano, entregándole a usted este cuerpo donde todavía queda algún sentimiento para corresponder al suyo, puedo pagarle algo de lo mucho que le debo?

—¡Concha! ¿Qué está usted diciendo?—exclamó don Cosme lleno de alegría.

—Diga usted. ¿Me quiere tal como soy, falta ya de la parte de amor que Manolo se llevó consigo al sepulcro?

—¡Concha! ¿Pero es verdad eso que usted me dice?

—Ya sabe que yo no miento nunca. Responda usted. ¿Me acepta así?

—Con toda mi alma.

—Pues bien—repuso la joven haciendo un postrer esfuerzo.—Dispóngalo usted todo para cuando quiera.

VI

La segunda verbena

Inútil es decir la alegría que causó a Escolástica la resolución de su hija.

Presto se supo en el barrio que la hija de la peinadora se iba a casar con el prestamista.

—Ya me lo había figurado—decía una.

—Es lo que debía hacer la Concha, porque hombres tan finos y tan constantes como don Cosme se ven muy pocos. ¡Cuidado que ha llevado sofocones de la Concha y se ha gastado dinero con ella!—decía otra.

—Pues y lo que ha hecho durante su enfermedad. Si con cien vidas que le diera, no le pagaría bastante.

—Vaya una suerte que va a tener la Concha— decían otras.

—Anda con Dios. A rey muerto, rey puesto— exclamaban algunas.

Y cada cual se despachaba a su gusto, respecto al casamiento de la cigarrera.

El señor Isidro cuando lo supo, dijo:

—¡Pobre Manolo!

Y añadió después:

—Por supuesto, que dada la situación de Concha es lo mejor que ha podido hacer. Yo mismo se lo he dicho varias veces.

*

*   *

La boda de Concha y don Cosme, quedó fijada para el día de la fiesta de la Vírgen de la Paloma.

Concha no tuvo valor para negarse a aquella decisión.

La pobre muchacha creía de buena fe en la nobleza y en la generosidad del prestamista, y consideraba que cuantos sacrificios hiciera por complacerle, todos serían pocos para compensar lo que él había estado haciendo por ella.

—Madre—había dicho a Escolástica.—No sé por qué han elegido este día.

—Y qué tiene de particular ese día más que otro.

—Precisamente en ese hará un año que se marchó el pobre Manolo.

—¡Ah! vamos ya lo comprendo. ¿Pero todavía te acuerdas de eso?

—Siempre, madre.

—Valiente tonta. Por supuesto que lo que es a tu marido debe importarle ya muy poco que conserves ese recuerdo tan tonto, pero de todas maneras créeme, muchacha, quítatelo de la cabeza, porque al fin y al cabo no has de adelantar nada.

Concha hizo un gesto demostrando que apesar de las indicaciones de su madre no le sería posible hacer lo que éste decía.

*

*   *

Entretanto los preparativos para la boda iban adelantando.

Se aproximaba la fiesta de la Virgen. Los vecinos del barrio querían echar, como vulgar-

mente se dice, la casa por la ventana y como complemento de la fiesta se consideraba el matrimonio de Concha con don Cosme.

Este había prometido dar una gran cantidad para los pobres, costeaba una música para que estuviera tocando toda la noche, regalaba a la Virgen alhajas de gran valor artístico e intrínseco que él había adquirido por muy poco dinero en su casa de préstamos y daba una gran comida en celebridad de su boda.

Inútil es decir si con todos estos alicientes habría entusiasmo en el barrio y deseos de que se verificara el matrimonio de la joven.

Conforme se iba aproximando este día la tristeza de Concha iba en aumento.

Parecíale que hacía una ofensa extraordinaria a la memoria de Manolo.

Y por más que sus amigas le decían y su madre y hasta el mismo señor Isidro, no era posible que se tranquilizara.

—Lo único malo que encuentro en esto—decía el tendero de comestibles,—es que hayáis fijado para celebrar la boda, un día tan señalado.

—No he sido yo, señor Isidro—decía llorando la joven. — Ha sido don Cosme. Yo no quería.

—Vamos, todavía ha querido demostrar la tirria que tenía al pobre Manolo, obrando así—murmuraba el anciano.

Por fin llegó el día señalado.

Concha vió amanecer aquel día velados sus ojos por las lágrimas y oprimido dolorosamente el corazón.

Tampoco en casa del señor Isidro reinaba gran alegría.

El tendero estaba metiendo prisa a los dependientes para terminar el despacho de la mañana, a fin de irse a formar parte del cortejo que iba a acompañar a los recién casados.

A la puerta de la tienda estaba hablando con un vecino, cuando pasó por la calle el cartero que iba repartiendo la correspondencia.

—¡Calla! ¡Colasín!—dijo.—¿Eres ya cartero en propiedad?

—Sí, señor Isidro—contestó el interrogado.—Ayer me dieron el nombramiento. Marcelino ha pasado al barrio de Pozas.

—Poco contenta estará tu madre.

—Figúrese usted. Y por cierto que tengo que hablar con usted muy despacio, sobre una cosa que me dijo Marcelino.

—Pues habla, que el señor es de confianza.

—No, ya volveré después—repuso Nicolás.—

Ahora voy a repartir estas cartas y cuando acabe vendré.

—Mira que yo a las once he de marcharme a la boda de la Concha, la hija de la señora Escolástica.

—Antes ya estaré yo aquí. Ya lo creo.

Separóse el cartero. Isidro siguió hablando con su vecino algunos minutos, separáronse después y cuando el tendero iba a franquear el mostrador para entrar en la trastienda, oyó una voz que le hizo estremecerse.

—¿Qué es eso, padrino? Ya no quiere usted conocer a su ahijado.

—¡Jesús!—exclamó el señor Isidro volviéndose rápidamente y presa de la mayor ansiedad.—¡Manolo! ¿Pero eres tú?

—¡Toma!—repuso el joven sonriendo.—¿Pues quién ha de ser? Y no es que los mambises no hayan tratado de impedirlo. Que tres heridas tengo y para restablecerme de ellas me han enviado a España. Ya ve usted, padrino—prosiguió el joven señalándose el pecho y las mangas del traje de rayadillo;—siete cruces; tres pensionadas y propuesto para una laureada y sargento primero, por añadidura. No dirá usted que su ahijado no ha sabido batirse. ¿Y mi Concha? No se quejará usted, que mi primera visita, aun

cuando mi corazón me llevaba a otra parte, ha sido para usted.

*

*   *

El señor Isidro, estaba, como vulgarmente se dice, sobre ascuas.

Abrazaba estrechamente a su ahijado, oía su voz y sin embargo no se atrevía a dar crédito a lo mismo que estaba viendo.

¿Y quién le decía lo que pasaba, ni quién le dejaba en aquellos momentos que se presentara en casa de Concha?

El joven, efectivamente, había estado gravemente herido y en particular la última vez lo fué por realizar un acto tan verdaderamente heroico, que el general en jefe le juzgó acreedor a la cruz laureada.

Y como todos le querían en su batallón y todos se interesaban por él y sabían que el afán que tenía por regresar a su patria, aprovecharon la repatriación de algunos oficiales que iban a la península, para reponerse de sus dolencias y le incluyeron entre ellos.

Manolo no quiso escribir nada, recreándose con la sorpresa que a todos iba a causar su llegada.

Una vez en Madrid, hecha la presentación a las autoridades y practicadas las demás diligencias que su situación requería, como la noche estaba ya muy avanzada, durmió en el hospital militar, y a la mañana siguiente, se presentó, como hemos visto, en casa de su padrino.

VII

Cómo se interrumpe una boda

—Pero vamos a ver, padrino—decía Manolo al señor Isidro,—¿qué demonios les pasaba a ustedes aquí con mis cartas? Yo no he dejado de escribir siempre que podía y ustedes me decían que no recibían ninguna.

—Y así era la verdad. Aquí no se recibieron más cartas tuyas, que las tres o cuatro primeras.

—Si yo me volvía loco cuando veía las de ustedes.

—Y después, para fin de fiesta, la noticia de tu muerte.

—¡Qué! ¿qué dice usted?—exclamó sorprendido Manolo, mirando fijamente al señor Isidro.

—Como que tengo yo aquí tu fe de muerto.

—Pero, ¿qué dice usted, padrino?

—Poquito que te hemos llorado.

—Entonces me explico muy bien por qué no he recibido carta alguna estos últimos meses. A ver, a ver esa fe de muerto que tiene usted.

—Y en el ministerio de la Guerra consta lo mismo, porque yo me informé de todo.

—De modo que estando vivo constaré legalmente muerto. Pues tiene chiste la cosa. Por supuesto, que no es este el primer caso.

*
* *

Isidro buscó entre los papeles de su escritorio la fe de muerto y se la presentó a Manolo.

Manolo estuvo leyéndola atentamente y después dijo:

—Pero, padrino, si yo no soy el que dice aquí. En primer lugar, aquí dice Manuel Ro-

dríguez y García, parece al menos y yo soy Manuel Rodríguez y Gómez; después, yo no estaba en ese batallón y esta certificación es de Pinar del Río y yo estaba operando en Santa Clara y en Santiago.

—¡Que ahí no dice Rodríguez y Gómez!—exclamó el tendero mirando el papel.

—Ya se ve que está enmendado; pero lo que es esta fe de muerto no se refiere a mí y la prueba es que estoy bien vivo.

El señor Isidro no pudo menos de fruncir el entrecejo.

—¿Y tú dices que has escrito siempre que has podido?—preguntó.

—Sí, señor, la última carta la escribí dos o tres días antes de que me dieran este machetazo en la pierna, que todavíae me hace cojear.

—¿Y recibías nuestras cartas?

—¿No se lo estoy a usted diciendo? Y me desesperaba con lo que en ellas me decían.

—¡Sí que es raro esto!

—Pero observo, padrino, que todavía no me ha dicho nada de Concha.

El momento terrible había llegado.

El señor Isidro trató de evadir cuanto pudo

aquella pregunta, pero, finalmente, no tenía más remedio que contestar.

¿Pero de qué modo?

Ocultar la verdad, era imposible, porque Manolo no tardaría en saberlo, y decírselo, era darle un golpe, cuyas consecuencias eran difíciles de prever.

Así fué, que entre dos males eligió el segundo, porque él procuraría templar la rudeza de aquel golpe.

En su conversación, usando toda clase de rodeos y pintando con los colores más vivos que pudo todo lo que don Cosme había hecho para enterarse de las causas del silencio de Manuel, y los cuidados que tuvo por Concha cuando ésta estuvo tan enferma, llegó a manifestarle el acuerdo de boda, que él mismo la había aconsejado y que debía verificarse aquel día.

*
* *

El efecto que este relato produjo en Manolo, fué extraordinario.

Durante un buen espacio, las frases muy duras se exhalaron de sus labios, las amenazas más violentas se soltaron de su garganta y trabajo costó al señor Isidro hacerle entrar en razón, como se dice vulgarmente.

En esto estaba de su conversación, cuando entró en la trastienda el cartero que poco antes dijo que tenía que hablar con el señor Isidro.

—Mira, Colás—le dijo éste.—En otra ocasión hablaremos. Ahora estoy con mi ahijado que acaba de llegar de Cuba y...

—Ya me lo han dicho los dependientes y por eso mismo juzgo que es más necesario que yo hable, porque a Manolo le interesa lo que he de decir.

—¡A mí!—exclamó el joven.

—Sí; yo, ya me conocen ustedes hace muchos años y soy incapaz de ninguna mala acción. Marcelino me dijo algo y yo podía haberle perjudicado si se lo digo a los jefes, pero no he querido y deseaba ver al señor Isidro para contarle lo que pasaba.

—¿Y qué es? Vamos a ver—dijo el tendero.

—Pues que don Cosme, el prestamista que hoy se casa con la Concha, pagaba a Marcelino, por cada carta que de América llegase para us-

ted o para Concha, diez duros, y así le entregó una porción.

—¡Ah, infame!—exclamó el anciano.

—Yo no sé hacer eso, y por eso se lo digo.

—Voy a partirle el corazón—murmuró Manolo, dando un paso hacia la puerta.

—Quieto—le dijo el anciano cogiéndole de un brazo.—Tú no puedes hacer lo que dices. Déjame, que yo lo arreglaré todo. ¡Pobre Concha! Y cuánto la ha hecho sufrir ese tunante. Pero anda, que en el pecado va a llevar la penitencia. Gracias, Colás—prosiguió estrechando la mano del cartero;—eres un hombre honrado y Dios te protegerá.

—Y mi amistad no le faltará nunca—añadió Manolo.

*

* *

Poco después, Manolo y el señor Isidro se dirigían hacia la casa de Concha.

La mayor animación reinaba en ella.

Las mozas del barrio estaban vistiendo a la novia y ya hacía rato que el novio se paseaba satisfecho por la sala de la casa, esperando la aparición de su futura.

Esta había llorado mucho.

Cuanto más se acercaba el momento de ir a la iglesia, más arrepentida estaba de lo que había hecho.

Pero ya no tenía remedio.

Sus amigas se esforzaban por consolarla y sobre todo su madre, que la decía:

—Pero muchacha, como vas a ir así. ¿No comprendes que todo el mundo creerá que te estamos violentando?

—Déjeme usted, madre, déjeme usted.

Y por fin salió a la sala para reunirse con las demás personas que formaban el cortejo nupcial.

En aquel momento, el señor Isidro, se presentó en la sala.

—Un momento—dijo,—señor don Cosme, ¿me permitirá usted que le pida en este instante solemne todas las cartas que para Concha y para mí, escritas por Manolo, le entregaba a usted el cartero Marcelino?

—¿Qué dice usted?—exclamó Concha separán-

dose vivamente del que iba a ser su esposo y aproximándose al anciano.

El prestamista palideció intensamente y con voz altanera dijo:

—¿Qué dice usted, señor Isidro?

—¿Me quiere usted decir también—prosiguió el tendero cada vez más grave,—cuánto ha pagado usted por la certificación de muerto de Manolo, que nos enseñó usted y que obra en su poder?

—Señor Isidro—gritó Concha,—¿qué dice usted? ¿Es falsa la muerte de Manolo?

—Y tan falsa, como está vivo y lleno de honra que es la que le falta a ese hombre.

Y señalaba a don Cosme, que estaba aterrado.

—¡Señor Isidro!—dijo Escolástica.—¡Semejante escándalo en mi casa.

—Pues todavía falta algo más.

Y volviéndose hacia la puerta, dijo:

—Entra, Manolo, entra y confunde a este tunante.

—¡Ah! — exclamó Concha corriendo hacia la puerta y cayendo en los brazos de Manolo, que apareció en ella.

La escena que se siguió, fué horrible.

Don Cosme, ahogado por la misma cólera que

experimentaba, y temblando de miedo al ver a Manolo, juzgó conveniente fingir un desmayo, para evitar la agresión que preveía.

La señora Escolástica hizo otro tanto y la fiesta tanto tiempo deseada, y preparada con tanto cuidado, se aguó por completo.

*

* *

Tres meses más tarde, Manolo, que entregó el dinero para redimir el tiempo que le faltaba, y curado ya de su herida, se casó con Concha, y pasó a formar compañía con su padrino en el comercio de comestibles que éste tenía.

Don Cosme tuvo que cambiar de barrio porque allí se había hecho completamente imposible la estancia, después de conocida su infamia.

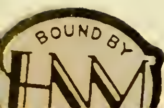
Salvador, que continuaba en la cárcel, tuvo un día una reyerta con otro preso y murió a consecuencia de la puñalada que le dió su adversario.

En cuanto a Escolástica, niútil es decir que llegó a hacer las paces con su yerno con mayor motivo, siendo éste propietario de la tienda, por la muerte de su padrino.

FIN






BOUND BY